10678
LUIS GABALDON

Luis Gabaldon y
Enrique F. Gutiérrez-Roig [redacted]

El tiempo de las cerezas

COMEDIA

EN TRES ACTOS, DE HANSEWYCK Y WATTINE

ADAPTACIÓN CASTELLANA

Copyright, by E. F. Gutiérrez-Roig y L. de los Ríos, 1922

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, nm. 24
1922

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/eltiempodelascer2009hans

Para Rafael Ramírez el
gran autor y entrañable
y viejo camarada
Leon Felipe

EL TIEMPO DE LAS CEREZAS

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Este ejemplar, impreso exclusivamente para el servicio de los Teatros, se vende al precio de TRES pesetas.

El tiempo de las cerezas

COMEDIA

en tres actos, de Hansewyck y Wattine, adaptación castellana

DE

Luis Gabaldón y

Enrique F. Gutiérrez-Roig y ~~Luis de los Ríos~~

Estrenada con éxito enorme
en el TEATRO INFANTA ISABEL, de Madrid,
el día 4 de Octubre de 1922

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE J. AMADO
Pasaje de la Alhambra, 1.
TELÉFONO 18-40
1922

Reparto

PERSONAJES	ACTORES
TERESA...	Carmen Jiménez.
ALICIA...	María Bassó.
AGLAVENA...	María Martínez.
JUAN...	Francisco Hernández.
MISTER PILU...	José Portes.
MAXIMO...	Pablo Rosis.
OCHOA...	Antonio Palomino.
LIBORIO...	Federico Chacón.

La acción, en un castillo, cerca de Burgos. Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del artista.

Acto primero

Decoración para los tres actos. Un salón ultramoderno. Muebles de formas caprichosas. Tapicería y colgaduras de colores chillones pero armónicos. Vasos y tibores de formas extrañas con flores irreales. Almohadones, cojines, bibelots y cuadros futuristas. En la pared del fondo, un ventanal que da al jardín, y en la izquierda, un retrato de mujer, de Reynolds. Puertas en el primero y segundo término de la derecha. Otras dos puertas en la pared lateral izquierda. Sobre una mesa, una muñeca esconde, bajo su vestido de seda, el teléfono. Es media mañana de un día del mes de Junio.

ESCENA PRIMERA

OCHOA, TERESA y LIBORIO.

Ochoa *(En el centro de la escena y con un almohadón en la mano.)* Pues no sé dónde colocarlo... *(Pone el almohadón sobre una silla.)* Aquí... *(Se aleja para ver el efecto que hace.)* Aquí no está bien. *(Lo coge y lo pone sobre una mesa.)* Aquí... tampoco está bien. *(Lo pone sobre una butaca de un rincón del escenario.)* Aquí sí que está divinamente, ¿verdad, Liborio?

Teresa *(Por segunda derecha, con abrigo de viaje y con una pintura cubista bajo el brazo.)* Liborio, ¿dónde está el señor marqués?

Liborio El señor marqués estará en la cama, señora.

Ochoa ¡A las diez de la mañana y en el mes de junio, durmiendo todavía! ¡Qué perezoso!

Teresa Avísele usted que acabamos de llegar. *(El criado se va hacia el foro.)* Liborio...

612343

Liborio *(Deteniéndose.)* Señora...

Teresa *(Quitándose el abrigo.)* ¿La marquesa tampoco se ha levantado?

Liborio Es lo más probable, señora.

Teresa Dígale usted al señor marqués que se vista apresuradamente porque están al llegar unos visitantes que muy bien pudieran ser también compradores. *(Liborio se va por segunda izquierda.)* Ayúdeme usted, Ochoa.

Ochoa ¿Qué hay que hacer?

Teresa *(Señalando el retrato.)* Descuelgue usted ese Reynolds y ponga usted en su lugar el cuadro que traemos.

Ochoa *(Mirando el retrato.)* ¡Qué mujer tan bonita! ¿Está vendido este Reynolds?

Teresa No.

Ochoa Entonces, ¿por qué se le substituye?

Teresa Porque hace falta una mancha de color púrpura en este rincón.

Ochoa *(Descolgando el cuadro.)* ¡Ah! Siendo aquí necesaria una mancha púrpura no hay más que hablar, pero conste que yo la preferiría azul cobalto. *(Deja el Reynolds en el suelo y coge el cuadro cubista mirándole en todos sentidos y direcciones.)*

Teresa ¿Qué busca usted?

Ochoa El asunto del cuadro. ¿Qué representa esto?

Teresa Un asunto sin importancia. Pero tenga usted cuidado con no ponerlo cabeza abajo.

Ochoa *(Dando vueltas al cuadro.)* Es que esto, al parecer, no tiene ni pies ni cabeza.

Teresa *(Cogiéndole el cuadro.)* Pero, hombre, parece mentira que diga usted eso. La cabeza está aquí... no, pues no es ésta. *(Girando el cuadro.)* Estará aquí... tampoco.

Ochoa ¿Tampoco la encuentra usted?

Teresa Sí, hombre, sí; aquí está la hembrilla de la escarpia. *(Ella misma cuelga el cuadro.)*

Ochoa Pues si esa hembrilla no nos da la dirección, nos lucimos. ¿Y cuánto hay que pedir por el cuadrito?

Teresa Veinte mil pesetas.

Ochoa ¿Y hemos dado por él?

Teresa Quince duros.

Ochoa Entonces encontraremos compradores.

Teresa Con seguridad.

Ochoa ¡Es usted una negociante admirable!

Teresa Se hace lo que se puede.

Liborio *(Segunda izquierda.)* El señor marqués me encarga le diga a la señora que ya estaba vestido y que bajará aquí en seguida.

Teresa Está bien.
(Vase Liborio segunda derecha.)

Ochoa Menos mal que ya estaba vestido, porque si no, tenemos que esperarle una hora.

Teresa *(Mirando el cojín que colocó Ochoa.)* Ese cojín tiene mucho carácter.

Ochoa *(Satisfecho.)* ¿Verdad que sí? ¡Qué color!... Yo le llamo resplandor de claro de luna.

Teresa No me gusta la etiqueta... ese nombre es demasiado poético y no le va al negocio.
(Entra Juan.)

ESCENA II

TERESA, JUAN y OCHOA.

Juan Muy buenos días, amiga Teresa; muy buenos días. ¿Cómo se las compone usted para encontrarse tan lejos de Madrid a una hora tan temprana como inesperada?

Teresa Yo me levanto cuando las gallinas, señor marqués.

Juan *(Viendo a Ochoa.)* ¡Hola, pollo!...

Ochoa Señor marqués... *(Le da la mano.)*

Juan ¿Ha venido usted con Teresa?

Teresa Sí. Es un hombre incomparable para acompañar señoras.

Juan Me alegro. ¿Y el viaje, se ha efectuado sin novedad y cómodamente?

Teresa Tan cómodo para Ochoa que no ha dejado de dormir en todo el trayecto, a pesar de que hemos venido desde Madrid en el auto.

Ochoa Es que estaba hecho polvo. Figúrese usted, levantarse a las cuatro de mañana, después de haberse acostado a las tres y echarse al coleto trescientos kilómetros en automóvil, creo que es para dormirse.

Juan *(Llamando al timbre.)* ¿Y dónde se han desayunado ustedes?

Teresa En ninguna parte.

Juan ¿De viaje y en ayunas? Parece imposible, amiga Teresa. *(Segunda derecha entra LIBORIO.)* Que nos preparen el desayuno.

Ochoa Y que nos lo sirvan en el pabelloncito claro-

oscuro-intenso. Yo mismo iré a preparar la mesa.

Juan Vaya, vaya, que la preparará usted a maravilla.

Teresa Como que es un artista incomparable para lo decorativo y ornamental.

Ochoa Es justicia. *(Vánse Ochoa y Liborio segunda derecha.)*

Juan *(De buen humor.)* ¿De modo que espero una visita?

Teresa Naturalmente. Por eso he venido tan temprano.

Juan ¿Y a qué gente voy a tener el honor de recibir?

Teresa A un archimillonario yanqui, a míster Pilu, que se ha confeccionado una fortuna fantástica.

Juan ¿Fabricando betunes?

Teresa No. Envasando sardinas; pero ya está retirado de los negocios. Míster Pilu recorre el mundo con su hija, que realmente es una muchacha preciosa.

Juan La bella sardinera. Parece el título de una opereta.

Teresa Y les acompaña un joven.

Juan ¿Que es el prometido de la niña?

Teresa El presunto prometido nada más.

Juan ¿Dónde los ha conocido usted?

Teresa En mi tienda. Míster Pilu vino a comprarme un bibelot. Le interesaron mis gustos artísticos y volvió al día siguiente con su hija y con el prometido. Todos se admiraron de la variedad de artículos, y yo cogiendo, como siempre, la ocasión por un cabello, les dije...

Juan *(Interrumpiéndola e imitándola.)* Acabo de amueblar el castillo del marqués de Rondel, que está cerca de Burgos, y si a ustedes les interesa ver cosas realmente admirables, le pediré al marqués autorización para que puedan ustedes ver el castillo.

Teresa *(Riendo.)* ¿De veras que hablo yo con ese acento?

Juan Muy parecido.

Teresa Pues el caso es que ellos aceptaron inmediatamente. Estos yanquis ya sabe usted cómo las gastan.

Juan No lo dudo.

Teresa Y ayer tuve el gusto de anunciar a míster Pilu que el señor marqués de Rondel autorizaba la visita.

Juan ¿Y llegan hoy?

Teresa En su magnífico automóvil.

Juan ¿Y debo invitarles a comer?

Teresa Les agradará si así se hace.

Juan ¿Y a cenar también?

Teresa Eso dependerá de los pedidos que hagan.

Juan ¿De modo que será un día completo?... No me van a faltar alegrías, ni distracciones, ¿verdad? Pues sepa usted que estoy hasta los pelos de toda esta clase de visitas.

Teresa *(Sorprendida.)* ¿Pero qué modo de hablar es ese, Rondel? ¿Qué mosca le ha picado a usted?

Juan No es una mosca; es un enjambre de zánganos que bordonea a mi alrededor un día sí y el otro también. Esos zánganos invaden mi castillo, lo husmean todo, lo ensucian todo, lo revuelven todo...

Teresa ¿Supongo que no se referirá usted a la clientela?

Juan Me refiero...

Teresa ¿A quién?

Juan Amiga Teresa, estoy harto, ya estoy muy harto de sardineros enriquecidos, de banqueros orgullosos, de nuevos ricos que trascienden a mercancías averiadas.

Teresa Pero como todos pagan muy bien...

Juan Sí, pero como a mí me sabe tan mal...

Teresa Y si después de todo usted no hace nada.

Juan ¿Que no hago nada? Yo les enseño mi alcoba y mi despacho... me interesa por sus asuntos de familia... como con ellos, les digo que me encanta su visita...

Teresa ¿Y eso qué significa? ¡Nada! Que viene gente con frecuencia a visitar este castillo... ¿y qué? ¿No está el castillo para eso? ¿No hemos convenido usted y yo que este castillo es como un establecimiento público?

Juan ¡Y tan público como es! ¡Pobre casona mía! Mía digo... ¡qué sarcasmo! ¡Mía digo cuando no hay aquí ni un solo mueble de mi pertenencia, ni un solo rincón donde yo pueda estar a mi gusto! Vivo en un museo, es decir, mucho peor que en un museo, porque en los museos las curiosidades no las toca

nadie de su sitio y el guardián está seguro de encontrarlas cada mañana en su lugar, como no las roben; pero aquí los muebles entran, salen, cambian de sitio, aquí se hacen mudanzas con tanta frecuencia que raya en el frenesí.

Teresa Hay que seguir los gustos y las modas del día.

Juan ¡Los gustos del día me disgustan a mí! Sin movernos de este salón está la prueba. Yo sentía un cariño extraordinario por el cuadro de Reynolds que estaba ahí. *(Señala el sitio donde está el cuadro cubista.)* Todas las mañanas pasaba yo unos minutos deliciosos contemplando a la mujer tan bonita que retrató el gran pintor inglés... y hoy ¿qué han puesto en su lugar? Una pintura estrafalaria y ridícula.

Teresa Si tanto le molesta a usted que se haya descolgado el Reynolds, lo volveremos a poner donde estaba.

Juan No se trata exclusivamente del Reynolds. Cuando un cuadro me gusta, me lo quitan; cuando un mueble me horripila, me lo imponen: siempre en nombre del bendito gusto y de la sagrada moda del día. A mí me gustaba dormir entre sábanas blancas y me las cambiaron por unas verdes; a mí me agradaba dormir en una cama de humanas proporciones y estoy durmiendo en un lecho más grande que una mesa de billar con troneras. Anteayer me cambiaron las sábanas verdes por otras amarillas llenas de indios enanos y me he tenido que acostar con una tribu. ¡Yo, que me gusta dormir solo! El año pasado la luz eléctrica estaba oculta detrás de los muebles; desde hace tres meses se filtra a través de unas peceras rojas y azules. ¿Usted cree que esto es serio? Todos los días al despertarme me pregunto: ¿Qué cosa extraña tendré que soportar hoy? ¿En qué vajilla talaverana de Barcelona cenaré? ¿En qué sillón apocalíptico dormiré la siesta? *(Cambiando de tono.)* En el fondo. ¿Sabe usted lo que yo parezco?: El vigilante de un guardamuebles.

Teresa ¿Y qué? Usted está haciendo un negocio, está usted trabajando. En la vida, cuando no

se tiene dinero, hay que trabajar, hay que emprender negocios; a no ser un perfecto sinvergüenza y querer vivir a costa de los demás. Confiese que cuando yo le conocí usted no tenía un céntimo. ¿No es cierto, señor marqués? Me apena tener que recordarle estas cosas, pero sus palabras me obligan a ello...

Juan No se excuse usted.

Teresa No me excuso, no; al contrario: Yo acuso. ¿Se acuerda usted? Hace cuatro años el azar me hizo descubrir que era usted un marqués auténtico que poseía un castillo medio ruinoso cerca de Burgos y una penuria de dinero rayana en la miseria, y yo, que soy un poco águila para los negocios, vista aquilina heredada de mis padres, que eran los mejores anticuarios de Madrid, y de mi esposo, que tampoco les iba en zaga, me dije: Amueblando y decorando ese castillo y enviando a visitarles a todos los snobs que conozca, éstos tendrán un gran placer en imitar lo que haya en el viejo solar castellano y los pedidos se harán en mi casa por docenas. Le propuse a usted la asociación, aceptó e hicimos un contrato. Usted puso el castillo, yo lo amueblé y usted se beneficia, además de pagados todos sus gastos cotidianos, con el diez por ciento del producto total de las ventas que se hacen. ¿No le ha parecido a usted siempre de perlas el negocio?

Juan Debo confesar que sí, señora.

Teresa Entonces, ¿por qué se queja usted ahora?

Juan Usted no puede comprenderme.

Teresa Demasiado le comprendo. *(En otro tono.)* ¡Yo lo sé todo!

Juan ¿El qué sabe usted?

Teresa Que está usted otra vez neurasténico... como el año pasado.

Juan ¿Como el año pasado?

Teresa Vamos, que quiere usted cambiar otra vez de marquesa. El año pasado, por esta misma época, tuvimos la misma explicación.

Juan ¿Y cree usted que será eso?

Teresa No se haga usted el tonto, puesto que lo sabe mejor que yo.

Juan Pues ahora caigo en que puede que tenga usted razón. Aglavena es la causa de todo mi

aburrimiento. Aglavena es el origen de toda mi neurastenia. Aglavena se está volviendo muy antipática. Hay que desembarazarse de Aglavena.

Teresa ¡Oh!

Juan Gracias, gracias, Teresa de mi alma, por haberme abierto los ojos.

Juan Pero esos cambios tan repentinos son abominables. En tres años lleva usted licenciadas cuatro marquesas.

Juan Están a la altura del mobiliario, que también se cambia cada estación. Hay que ser razonable en todo.

Teresa ¡Pero Aglavena sirve tan admirablemente nuestro negocio! ¡Habla con tanto entusiasmo de mis creaciones!...

Juan Con demasiado entusiasmo. La pobre muchacha da la impresión de estar haciendo el artículo, como se dice en lenguaje comercial, y eso a veces perjudica.

Teresa Pero tiene esos ademanes modernos de mujer tan distinguida...

Juan Es muy coqueta con todos los caballeros que vienen. Claro es que lo hace por aumentar las ventas, pero como yo paso aquí por el marido...

Teresa Eso es una contrariedad.

Juan Ya ve usted cómo es preciso despedirla, y hoy mismo si es posible.

Teresa El caso es que no tengo con quién sustituirla.

Juan ¿Pero por qué razón no se ha de poder decir que yo soy soltero?

Teresa Porque ya le he dicho a míster Pilu que era usted casado. Además el castillo, habitándolo un hombre soltero, sería una cosa peligrosa. No podría invitar a señoras solas. Hace seis días vino una inglesa sin más acompañamiento que un kodac.

Juan Como si hubiese venido con un batallón, porque era un tiro.

Teresa Pero otra podría ser guapa. La gente es muy suspicaz...

Juan ¡Suspicaz! ¿Y no tiene usted en cuenta que a todos los visitantes del castillo les presenta usted a un matrimonio falso?

Teresa Pero los visitantes lo ignoran. Cuando el exterior es presentable, todo es correcto. Lo

que pasa en el interior a nadie le importa. La moral siempre hay que dejarla a salvo.

Juan Pues salvémosla de un modo definitivo.

Teresa ¿Y cómo?

Juan Casándose usted conmigo.

Teresa *(Riendo.)* Qué gana de broma tiene usted, señor Marqués. Y el caso es que no puede una enfadarse al ver la tranquilidad con que usted se burla de las cosas más sagradas que existen, que son el amor y el matrimonio...

Juan ¿De modo que usted no toma en serio esto que yo le digo? ¿Que tengo el honor de pedirle a usted su mano?

Teresa No estoy tan loca como para creer esa tontería.

Juan Pues es una lástima. Porque si usted me dijera que sí, que me concedía su mano. pronto estaríamos casados.

Teresa *(Un poco emocionada.)* ¿De veras?

Juan ¡Y tan de veras!

Teresa Bueno. Basta de bromas. Yo no puedo casarme con usted.

Juan *(Un poco molesto.)* ¿Por qué razón? ¿Se merece usted más?

Teresa *(Riendo.)* No lo sé. Pero como con usted siempre hablo de dinero, me parece que no sabría hablar de amor.

ESCENA III

DICHOS y AGLAVENA.

Aglavena *(Por la segunda izquierda. Lleva un salto de cama lujosamente escandaloso y entra, anda y habla muy cómicamente amanerada.)* Guárdeos a todos Dios.

Teresa Buenos días, marquesita.

Aglavena Felices los hayáis, señora. *(Le tiende una mano para que la bese y tendiéndole la otra al marqués.)* ¡Salve, marqués!

Aglavena Adviértoos, toos, ¿eh?, que un automóvil admirable, potente y raudo se avizora por el camino que conduce a la poterna del castillo.

Teresa Que conduce al rastrillo, será...

Aglavena Sí; pero como decir que conduce al rastrillo del castillo es cacofónico, he dicho la poterna porque así resulta mejor. ¿Acaso ese automóvil nos depara visitantes?

Teresa Sí, distinguida Aglavena.

Aglavena ¡Qué sorpresa tan deliciosa, aunque no inesperada! ¿Y vienen caballeros?

Teresa Dos.

Aglavena ¿Magüer?

Juan Un joven.

Aglavena Figúrome que estoy a tono para recibir, con esta túnica de color de sueño de una noche de Agosto.

Teresa *(Sncantada.)* No puede haber una «reclame» mejor para mi casa. Me voy a recibir a los visitantes.

Aglavena Id, noble amiga, id y saboread todas mis reverencias por procurarnos tan encantadoras y frecuentes visitas. Sois un hada para el Marqués y para mí.

Teresa Así lo creo. *(Mutis segunda derecha.)*

Aglavena *(Con tono natural.)* Te participo, Juan, que este papelito de castellana de la Edad Media ya me va cargando un poco. ¿Y a ti?

Juan A mí me cargas mucho más.

Aglavena ¿Yo o el papelito de la media?

Juan No sé, no sé qué decirte.

Aglavena Estás como un erizo desde hace dos semanas, y te advierto que no estoy de humor para aguantar más groserías. Pero después de todo, me está muy bien empleado cuanto me sucede. Si yo no hubiese abandonado a mi tío por ocupar en este almacén disfrazado el papel de vendedora, disfrazada también, no me vería así, teniendo que leer todos los días «Don Quijote», para que se me peguen las palabras del siglo XVII, y aguantándote a ti, que pareces el caballero de la Mesa Redonda.

Juan De la Tabla Redonda.

Aglavena Tabla o mesa lo mismo da; el caso es que es redonda. Tan feliz como podía yo haber sido casándome en Madrid con aquel comerciante en nipis; si me hubiera casado con él, mi tío, al morir me hubiese legado su fortuna, mientras que ahora me maldice, y en cuanto cierre el ojo dejará todos sus miles de pesetas para el fomento de la viniviticultura, bien claro me lo dijo en su última carta, hace más de cuatro meses: «Ex querida sobrina: Tú te has fugado cerca de Burgos; pero yo no soy un queso, y al dejarme sólo dijiste

adiós a mis veinte mil duros.» Y todo por tu culpa, Juan, por tu culpa.

Juan Tu tío volverá de su acuerdo La voz de la sangre siempre llama a gritos.

Aglavena Mi tío es un poco sordo.

Juan Pero es un infeliz. Ya ves, adora la viniviticultura. Cuando menos lo pienses te encontrarás con la herencia en el bolsillo.

Aglavena ¡Desconfío, desconfío, y eso que me quería tanto! *(Se oyen los bocinazos de un auto.)*

Juan Ahí están los visitantes.

Aglavena *(Asomándose al ventanal.)* ¡Oh, qué auto tan espléndido, y trae a dos caballeros y a una joven, ellos de aspecto casi elegante!

Juan ¿Y la joven?

Aglavena ¡Pscht! Un sombrero madroño sobre un guarda polvo de color neutro.

Juan Y entre el sombrero y el abrigo, ¿qué se ve?

Aglavena Una cara que no dice nada. Pero los caballeros son guapísimos, cada cual en su edad.

ESCENA IV

DICHOS, LIBORIO y MAXIMO.

Liborio *(Por segunda derecha, con una tarjeta en unas pinzas.)* Señor marqués...

Juan *(Cogiendo la tarjeta y leyéndola.)* El conde Máximo de la Campana de Pioz.

Aglavena ¡Máximo de la Campana de Pioz! ¡Qué nombre tan lindo!

Juan *(Reflexionando.)* La Campana de Pioz... a mí me suena... ¡Ah, sí, ya sé! *(A Liborio.)* Que pase. *(Vase Liborio.)* ¿Y por qué se anuncia el conde nada más?

Máximo *(Por segunda derecha. Es un poco tosco de figura, pero con ademanes desenvueltos.)* ¿Señor marqués de Rondel? *(Dirigiéndose a él.)*

Juan Caballero... *(Se estrechan la mano.)*

Máximo *(A Aglavena.)* Señora. *(Volviéndose al Marqués.)* Usted ha tenido la amabilidad de autorizarme para visitar este su castillo, y yo estoy infinitamente honrado con ello. Pero he creído pertinente adelantarme unos instantes a mis amigos y compañeros de viaje, míster y mistress Pilu, porque conviene primero que nos conozcamos nosotros, que somos gente de alcurnia.

Aglavena Decís bien, Conde; porque las relaciones con burgueses podrán ser útiles, pero nunca son brillantes.

Máximo Esa es mi opinión. *(Pausa. Juan se sienta en una butaca y enciende un cigarrillo. Máximo mira los muebles con curiosidad.)*

Aglavena *(Rompiendo el silencio.)* Sentáos, Conde.

Máximo Gracias. *(Se sienta. Pausa.)*

Aglavena Este salón es una verdadera maravilla, ¿verdad?

Máximo Sí.

Aglavena Puede que vos lo encontréis un poco... demasiado moderno.

Máximo Un poco... sí...

Aglavena ¿Vos preferís el estilo antiguo?

Máximo La nobleza debe ser tradicionalista.

Aglavena ¡La tradición es una cosa muy bella!

Máximo Sin embargo, no niego que el progreso tiene sus encantos.

Aglavena También el progreso es una muy bella cosa.

Máximo ¿Usted qué opina, Marqués?

Juan *(Que indiferente en absoluto sigue fumando.)* ¿Sobre este salón? Que no está mal. Pero son más bonitos los otros. Es una lástima que no le acompañe a usted Teresa; ella, que es muy inteligente, le haría fijarse en los más ínfimos detalles de todo.

Aglavena Teresa no hace aquí falta ninguna; que ella acompañe a esos señores de Pilu, y yo misma, Conde, puedo serviros de guía si sentís anhelo por ver las curiosidades que atesoramos cabe estos milenarios sillares de granito.

Máximo *(Levantándose.)* Guiado por usted, señora, me creeré...

Aglavena Lisonjas no, Conde. Tengo el delicioso presentimiento de que vais a hacerme blanco de cumplimientos muy exquisitos y desvío la puntería de ese blanco. *(Abriendo la primera puerta de la izquierda.)* Por aquí. *(Ya en el umbral, se vuelve.)* ¿Me dais vuestra licencia, adorado Marqués?

Juan Os doy la licencia absoluta. *(Aglavena y Máximo se van por la izquierda.)*

Aglavena *(Ya dentro.)* Este gabinete, inspirado por los cartones de Burne Jones, está hecho siguiendo el estilo prerrafaélico, y esta mujer verde sobre fondo amarillo representa la Fortuna... *(Se cierra la puerta.)*

Juan *(Solo y en broma.)* ¡Vayan, vayan pasando para ver la novena y décima maravillas!...

ESCENA V

JUAN, TERESA, PILU y ALICIA.

Teresa *(Entrando muy de prisa por segunda derecha.)* ¡Que vienen! ¿Dónde están el Conde y Aglavena?

Juan En el gabinete prerafaélico.

Teresa ¿Ya? *(Liborio abre la puerta segunda derecha y entran Alicia y míster Pilu.)* Aquí están. *(Cambiando de tono y de actitud.)* Señor Marqués, tengo el gusto de presentarle a míster y mistress Pilu, a los cuales ha tenido usted la bondad de concederles permiso para que visiten el castillo.

Pilu Señor Marqués de Rondel; tanto mi hija como yo le estamos muy agradecidos...

Juan *(Muy cortés.)* ¿Por permitir esta visita? Con ello no hago nada más que servir a doña Teresa Campos, que es una artista excepcional.

Teresa Nada de eso.

Pilu Ya hemos admirado el hall de entrada; fíjese que he dicho admirado, y cuando un yanqui se admira de algo, motivo ha de haber. Este salón también es un gran salón.

Teresa No tiene nada de particular. Lo que hay que ver, sobre todo, son ciertas habitaciones íntimas...

Pilu ¿Dice usted íntimas?

Alicia Pero esas no deben visitarse, papá.

Pilu No deben, pero yo, si no temiera ser importuno, expresaría mi deseo de admirarlas. *(Alicia se encoge de hombros y va a apoyarse en el alfeizar del ventanal.)*

Juan ¿Y por qué no complacerle a usted?

Teresa ¿No han venido ustedes para verlo todo?

Pilu Es claro.

Juan Pues Teresa les acompañará.

Teresa Por aquí, míster, por aquí. *(Abriendo la primera puerta de la izquierda.)*

Pilu Con permiso de usted, señor Marqués.

Juan No faltaba más. *(Teresa deja pasar a Pilu.)*

Teresa *(Dentro.)* Este gabinete, inspirado en los cartones de Burne Jones, está hecho siguien-

do el estilo prerrafaélico, y esa mujer verde sobre fondo amarillo representa la Fortuna... *(Se cierra la puerta.)*

Juan Vayan, vayan pasando. Aquí verán lo increíble, lo inaudito, lo excepcional. Adelante, adelante, vayan pasando... *(Alicia rompe a reir estrepitosamente.)* ¡Ah! *(Juan se vuelve y ve a Alicia. Juan se queda un momento indeciso y avergonzado; al fin se decide por tomar a broma la aventura, se echa a reir también y dice con tono jovial.)* Así soy yo.

Alicia *(Muy sonriente.)* Ya lo veo.

Juan ¿Y esto le divierte a usted?

Alicia Mucho. Así hablan en las puertas de las barracas de las ferias. *(Imitándole.)* Vayan pasando, señores, vayan pasando...

Juan Si yo hubiese sabido que estaba usted ahí...

Alicia Hubiese usted suprimido esos gritos.

Juan Seguramente.

Alicia Estaba absorta contemplando el paisaje, que es bellísimo y no pude seguir al guía.

Juan ¿Y por lo visto le gusta a usted reirse?

Alicia Mucho.

Juan ¿A costa de los demás?

Alicia Un poco.

Juan ¿Es usted burlona?

Alicia Regular. Lo que no soy, desde luego, es tan bondadosa como usted.

Juan ¿Yo soy muy bondadoso?

Alicia Exageradamente. Porque permitir, para favorecer los negocios de su tapicero, que todo aquel que quiera visite esta su casa de usted y penetre en sus intimidades, denota no sólo bondad, sino hasta un cierto espíritu de abnegación...

Juan Desconcertante.

Alicia A no ser que denote una fatuidad escandalosa.

Juan ¿Y por qué fatuidad?

Alicia Por el deseo de ver transformado su castillo en un moderno Trianón y darse el vanidoso gusto de ver a los visitantes admirando los muebles y la batería de cocina. Este deseo podía sentirlo muy naturalmente cualquier... *(Vacila en decirlo.)*

Juan *(Completando el pensamiento de Alicia.)* Cualquier señor inflado de orgullo, ¿verdad?

Alicia *(Sonriendo.)* Eso es.

Juan ¿Y yo parezco orgulloso?

Alicia No mucho; pero quién sabe... Sólo le conozco a usted desde hace cinco minutos.

Juan Pero, ¿cuál es su impresión? Porque la primera impresión siempre es la que vale.

Alicia *(Después de una corta vacilación.)* Pues una mezcla, mitad fatuo y mitad ingenuo.

Juan Half and half, como dicen ustedes los norteamericanos.

Alicia Sí, señor.

Juan Habla usted con demasiada franqueza.

Alicia He recibido una deplorable educación.

Juan ¿Es usted una niña mimada?

Alicia En extremo... extraordinariamente. Papá tiene diez y ocho millones y soy hija única.

Juan ¿Y la tolera a usted todo?

Alicia Soy su debilidad. Mamá me hubiese educado mejor si hubiese tenido tiempo; pero como no nos vemos nada más que cada tres meses y eso al cruzarse los trenes.

Juan ¿Su mamá viaja mucho?

Alicia Y nosotros también; pero nunca por el mismo país que ella. Papá es un poco... rudo y provinciano y eso a mamá la avergüenza, ¡mamá es tan aristócrata!...

Juan ¿Y a usted no le avergüenza también?

Alicia ¿A mí? ¿El qué?

Juan Porque usted parece también exquisitamente aristocrática.

Alicia Y lo soy en mis gustos; pero me enorgullece saber que papá ha hecho sus millones y comprado palacios y joyas a mamá, vendiendo sardinas.

Juan Es usted una muchacha encantadora.

Alicia Soy un poco cabeza de chorlito.

Juan Nada de eso.

Alicia Sí, sí, ya lo creo. ¿Cómo, si no, le hubiese confiado a usted estos detalles así de sopetón?

Juan No tan de sopetón. Nos conocemos hace...

Alicia Unos minutos.

Juan El tiempo no hace a la cosa. Hay personas que se ven y se tratan diariamente durante toda su vida y jamás llegan a tener confianza entre ellas, y otras en cambio son íntimos amigos desde la primera vez que se hablan.

Alicia Es verdad, es muy exacto.

Juan Eso se llama la simpatía espontánea.

Alicia O el rayo de la amistad.

Juan Que es en el que se encuentra nuestro caso.

Alicia ¿Usted cree?

Juan Estoy segurísimo. Nosotros nos encontramos muy simpáticos.

Alicia Hable por usted sólo.

Juan Hablo por los dos. Yo no soy egoísta. *(Va a sentarse y Alicia se levanta rápidamente.)*

Alicia No puedo dejar que papá esté tanto tiempo solo entre las manos de esa señora.

Juan ¿Teme usted que le suceda alguna desgracia?

Alicia Tiene tantos atractivos la comerciante y es tan bonita que papá es capaz de encargarle media docena de mobiliarios.

Juan ¿Para la instalación de los jóvenes esposos?

Alicia ¿Qué esposos?

Juan Usted y el Conde.

Alicia ¡Oh! El mobiliario tiene tiempo de cambiar de moda hasta que yo me case. El Conde no es mi novio.

Juan Pero lo será algún día.

Alicia Nunca.

Juan Pues he oído decir...

Alicia Seguramente, puesto que papá mismo lo dice.

Juan ¿Y entonces?

Alicia Eso no prueba nada, porque le advierto a usted que ese es el único desacuerdo que hay entre mi padre y yo. Papá se empeña en que el Conde nos acompañe como mi prometido, y yo digo que nos acompaña como amigo de papá, esta pelota nos la devolvemos mutuamente, como si estuviéramos jugando al tennis.

Juan ¿Se conocen ustedes hace mucho tiempo?

Alicia Desde el verano pasado, que estuvimos en Biarritz.

Juan ¿De modo que la situación del Conde cerca de usted, está mal definida?

Alicia Una sola cosa es la que está definida perfectamente.

Juan ¿Cuál?

Alicia Que el Conde no deja de ser terco y pesado ni un solo momento.

Juan Acabará usted por casarse con él.

Alicia No tiene ningún atractivo para mí.

Juan Pero se casará usted con el Conde aunque no sea nada más que por verse libre de él.

Alicia Después de todo... lo mismo da él, que otro.

Juan ¿No ha soñado usted nunca con un matrimonio por amor?

Alicia Con cinco millones de dote sería tan absurdo como pedir la luna.

Juan Yo creo que cuanto más dinero se tiene...

Alicia Se es menos amada.

Juan ¿Y siendo tan hermosa como usted?

Alicia Los... enamorados no ven la belleza, o si la ven es como un accesorio. Ninguno hasta ahora ha deseado mi cariño... mi dote nada más desean. Ninguno de los que me han pretendido sabe el color que tienen mis ojos; pero todos conocen al dedillo la fortuna que tiene papá, de míster Pilu, billete más, billete menos.

Juan Es usted muy escéptica.

Alicia ¡He sido tan cortejada!

Juan ¿Y querida?

Alicia ¡Nunca! Yo he borrado el amor de mi programa y le he sustituído por la ambición. Y a falta de otra cosa, me casaré con un título.

Juan Con el Conde de la Campana de Pioz.

Alicia No me negará usted que es un título muy sonoro.

Juan Ahora me explico el encarnizamiento del Conde.

Alicia Pertenece a una de las ramas de más noble abolengo de España.

Juan Más que eso, pertenece a una de las más viejas familias del mundo. Su padre se llamaba el tío Ruperto y era acaparador de trigo en un pueblecito de Guadalajara, en Pioz.

Alicia ¿Entonces su título no le pertenece?

Juan Sí, señora. El título es bien suyo, se lo ha pagado espléndida y religiosamente al Papa.

Alicia ¿De modo que es un título pontificio? ¡El que siempre está hablando de su nobleza!

Juan Le ha costado bastante cara, para no recordarlo a todas horas.

Alicia Es usted irónico.

Juan Apenas.

Alicia En un segundo acaba usted de despojar a ese pobre hombre de la única condición que le hacía sociable a mis ojos.

Juan ¿Me lo perdona usted?

Alicia Se lo perdono porque está usted casado. Si fuese usted soltero, sería otra cosa: Podría

pensar que la intención de usted era ocupar el puesto del Conde; pero como usted está casado...

Juan ¿Y si no lo estuviese? ¿Vería usted algún inconveniente en que...?

Alicia La lista de aspirantes a mi mano es ya tan larga...

Juan Que uno más o menos...

Alicia No hablemos de lo imposible, ¿no le parece? Usted es casado y tengo plena confianza de que no sentirá usted el arrebato de locura de declararme su amor. Estoy bien tranquila.

Juan ¿Me cree usted inofensivo?

Alicia En absoluto.

Juan No puedo ser para usted nada más que un buen amigo, con una amistad que podría llegar a ser fraternal, ¿no es eso?

Alicia Justamente.

Juan Una amistad de hermanito mayor.

Alicia Eso es.

Juan Me consideraré muy honrado.

Alicia Menos que yo. Porque eso de tener un hermano mayor, Marqués de Rondel...

Juan Le hace a usted ser un poco marquesa por carambola.

Alicia *(Riendo.)* Es verdad.

Juan Entonces, convenido. Somos dos buenos amigos.

Alicia Intimos. *(Le tiende la mano que Juan estrecha. Por la primera izquierda sale Teresa, y al ver a los jóvenes con la mano enlazada, se detiene con emoción.)*

Teresa ¡Oh! *(Turbada, pero pronto repuesta.)* Alicia, su papá la llama.

Alicia ¿Papá? Pues voy corriendo ¿Está por aquí? *(Señala la primera izquierda.)*

Teresa Por ahí.

Alicia Gracias. *(Se va cantando y corriendo.)*

ESCENA VI

TERESA y JUAN.

Juan Amiga Teresa, ya la tengo.

Teresa ¿A quién?

Juan A la sustituta de Aglavena

Teresa ¿Qùién es?

Juan *(Señalando la puerta por donde salió Alicia.)* ¡Ella!

Teresa ¿Esa señorita ocupando el puesto de?...

Juan No, no. Poco a poco. Quiero casarme con ella.

Teresa ¡Pero eso es escandaloso!

Juan Escandaloso, ¿por qué?

Teresa Usted no tiene derecho a distraer a la clientela con declaraciones amorosas.

Juan Razonemos...

Teresa Me opondré con toda energía a ese quimérico matrimonio.

Juan ¿Con qué derecho?

Teresa Con el derecho que me concede el Código Comercial.

Juan ¿Qué está usted diciendo?

Teresa Yo debo defender mi negocio. ¡Esta casa no puede convertirse en una Agencia de matrimonios!

Juan ¡Teresa!...

Teresa ¿No traigo yo aquí mis clientes? ¿Es que todos estos muebles no son para venderlos? Es que usted es aquí algo más que una especie de hortera.

Juan ¿Un hortera? *(Alucinado.)* ¿Un hortera? ¿Ha dicho usted que yo soy un hortera?

Teresa Sí, señor; sí.

Juan Manes de mis antepasados. ¡Esta mujer llama hortera a vuestro descendiente!

Teresa ¿Se atreverá usted a decirle a esa señorita que no tiene usted dos pesetas y que todos los gastos del castillo, su conservación, el automóvil, los criados, todo, todo entra en el presupuesto de los gastos generales de la Sociedad Teresa Campos y Compañía?

Juan Si le dijera eso, adiós boda.

Teresa Lo creo.

Juan Por eso prefiero no decírselo y casarme con ella.

Teresa Pues si usted no se lo dice, yo la hablaré.

Juan *(Con mucha calma.)* ¡Ca!

Teresa Ya lo verá usted. *(Muy irritada.)*

Juan Usted no le dirá nada porque no puede hacerlo, tengo su palabra de honor. Usted me juró cuando hicimos la Sociedad, no decirle a nadie nuestro contrato sin mi consentimiento, y yo se la niego a usted.

Teresa ¡Me hace usted prisionera de mi palabra!

Juan Ya le indemnizaré por ello.

Teresa *(Revolviéndose airada.)* No se trata ahora de dinero.

Juan Pero si no sabe usted hablar de otra cosa.

Teresa ¡Bah! A lo mejor se habla de un asunto y se está pensando en otro muy distinto. ¡Usted qué sabe de la vida!

ESCENA VII

DICHOS y AGLAVENA.

Aglavena *(Por la primera izquierda.)* He invitado a yantar a los visitantes, y con el permiso de vuesas mercedes voy a dar las órdenes oportunas a los fámulos. *(Vase por la segunda derecha. Al irse Aglavena, Teresa se echa a reir.)*

Juan ¿De qué se ríe usted?

Teresa De pensar en la cara que pondría míster Pilu, si supiera que se ha atrevido usted a presentarle a su hija una amiguita, haciéndola pasar por su legítima esposa. Tan puritanos como son los ingleses.

Juan No son ingleses, son yankis. Además, ya inventaré yo alguna mentira tan grande y tan ridícula en favor mío, que el no creerla será más ridículo todavía. Cuanto más grande sea el embuste, mejor lo creerá míster Pilu. Este sardinero tiene el aspecto de ser un infeliz.

Teresa Pues ya veremos. El que avisa no es traidor, y le advierto a usted que voy a decirle a Aglavena que no se separe de usted ni un momento; de ese modo no podrá usted hablar ni un instante a solas con esa señorita.

Juan Ya lo veremos, digo yo también. ¿Usted me declara la guerra? Pues yo sabré defenderme. ¿Usted me lanza como un cañonazo a Aglavena? Pues ya verá usted dónde yo soy capaz de mandarla.

Teresa ¡Silencio! *(Se oyen voces dentro.)* Que viene la caravana.

Juan Pues váyase usted.

Teresa ¿Irme?

Juan Naturalmente. No conviene que vean que nos peleamos. Sospecharían.

Teresa Es verdad. Me voy; pero conste que vigilo y que yo desharé el nudo de esta intriga.

Juan Eso es. Vigile, desate, pero váyase y, que Dios os guarde, como diría Aglavena. *(Teresa se va por la segunda derecha.)*

ESCENA VIII

JUAN y OCHOA.

Juan Y ahora, manos a la obra. ¿Cómo me vería yo libre de Aglavena? *(Se queda pensativo.)*

Ochoa *(Por la primera derecha.)* He decorado la mesa con un estilo que les hará a ustedes sensación.

Juan ¿Qué estilo?

Ochoa Un Luis catorce y medio.

Juan ¡Hombre, qué novedad!

Ochoa No es Luis XIV ni Luis XV; está entre los dos. Por eso lo llamo catorce y medio.

Juan Es usted un artista soberano, yo le admiro y además usted es mi hombre. En la vida ha podido usted llegar más a tiempo.

Ochoa Como que me envía la Marquesa para que le diga a usted...

Juan No me importa nada de lo que pueda decirme la Marquesa. Usted lo que tiene que hacerme es un favor muy pequeño y muy grande a la vez.

Ochoa Si está en mi mano...

Juan ¿No le digo a usted que es poca cosa? Porque supongo que usted sabrá hablar por teléfono.

Ochoa Siempre he conseguido tener una comunicación.

Juan ¡Ya es conseguir! ¿Y acaso sabe usted imitar el acento catalán?

Ochoa Tengo un tío en Manresa, que vol que li digui res.

Juán ¡Maravilloso! Y ahora la última pregunta. ¿Para dar al habla por teléfono una impresión de voz lejana, qué se le ocurriría a usted hacer?

Ochoa Pues hablar en voz baja.

Juan No, señor; resulta igual. Hay que hablar haciendo un tubo con la mano, como si fuese una bocina; así, mi querido y genial amigo. *(Medio cierra la mano, haciendo con ella un tubo y aproximándosela a la boca, para hablar a través de ella.)* ¿Ha comprendido usted?

Ochoa *(Imitando la acción.)* Yo soc molt compresiu y aplicadet.

Juan *(Muy alegre.)* ¡Formidable!

Ochoa ¿Y a qué viene todo esto, señor Marqués?

Juan Viene... a que se vaya, y valga la paradoja. Vamos a mi despacho y se lo iré a usted explicando mientras. *(Cogiéndole del brazo.)* En mi despacho hay un teléfono; voy a ponerle en comunicación con el de este saloncito y en seguida risa para todo el año, porque... *(Se van por primera derecha, hablando, como si continuara explicándole el asunto.)*

ESCENA IX

ALICIA, MAXIMO, AGLAVENA, PILU y luego JUAN.

Aglavena *(Sale por la primera derecha.)* ¿Verdad que todo es una pura maravilla? Cuán rutilante es todo y cuán... cuán...

Pilu To debe valer, todo.

Aglavena Asaz. Como aquí es precio fijo y no se regatea...

Máximo Este castillo es una cosa mágica.

Alicia Un cuento de hadas.

Pilu A mí me ha recordado los bailes rusos.

Aglavena Compréndoos. Aquel bello saloncito de color verde Pippermint.

Pilu A mí me gusta más aquel tan bonito, asalmonado.

Aglavena ¿Bonito? ¿Asalmonado? Bien se advierten sus aficiones a la pesca.

Alicia ¿Y las armaduras? ¿Y aquel cuadro del niño gótico?

Máximo Pues, ¿y las sillas de porland que hay en el cuarto de baño?

Pilu Todo es archimagnífico, señora Marquesa. Los antiguos hacían muy bien las cosas; bien es verdad que tenían tanto tiempo para ello... Todo aquí es del mejor gusto. Me agradaría poder felicitar al señor Marqués. *(Entra Juan por primera derecha.)*

Aglavena Héle aquí.

Juan Heme.

Pilu Señor Marqués de Rondel; hemos tenido la honra de visitar medio castillo y estamos encantados. Sin embargo, su elegante compañe-

ra dice que lo que hemos visto es lo menos interesante.

Juan En efecto, a mí me gusta más lo de arriba.

Aglavena Claro, las almenas, los torreones, las barbacanas, la contemplación desde la torre del homenaje del parque inmenso, esmeraldino y secularísimo, donde mora el jabalí y silba el mirlo para disimular.

Pilu La estancia en este castillo debe ser deliciosa y asaz arcádica, que diría la Marquesa.

Juan Sea usted más parco en sus elogios, míster Pilu.

Pilu ¿Por qué?

Juan Porque podría ocurrírseme poner a prueba su entusiasmo.

Pilu Póngalo usted. Yo soy un hombre muy sincero y no digo más que lo que siente mi corazón.

Juan Vamos a verlo. Si tan feliz y deliciosa le parece a usted que debe transcurrir la vida en este castillo, yo le invito para que goce usted a sus anchas de todos los encantos que pueda brindarle a usted una larga permanencia en él.

Pilu ¿Habla usted en broma?

Juan Completamente en serio. Esta es su casa, y le ruego que me conceda el honor de ser mi huésped durante quince días por lo menos.

Pilu Galante, hidalga y caballerosa hospitalidad española, que agradezco con toda mi alma. Pero hay que tener en cuenta que nosotros apenas nos conocemos.

Juan Así nos conoceremos más.

Pilu Me halaga la idea, pero temo ser importuno.

Juan ¿Le invitaría yo si así fuese?

Pilu Pues acepto. *(Dándole la mano.)* Y un millón de gracias.

Juan Yo soy el que debe dárselas a usted. *(Toca el timbre.)*

Alicia Señor Marqués, es usted un verdadero noble español.

Juan *(Inclinándose.)* Que reverencia cuanto se merece la belleza de la mujer.

Pilu ¿Y el señor Conde?

Aglavena También permanecerá en el castillo.

Juan No faltaba más.

Máximo Muy agradecido. *(Entra Liborio.)*

Liborio ¿Llamaba el señor Marqués?

Juan Sí. Que preparen el cuarto gris humo para este caballero, míster Pilu, *(El criado se inclina.)* y el saloncito y gabinete perla, para la señorita Alicia. *(El criado vuelve a inclinarse.)*

Aglavena Y el cuarto babilónico, para el señor Conde. Idos. *(Vase Liborio.)*

Juan Pero ese maldito Ochoa, ¿qué espera para llamar al teléfono? *(Suena en este momento.)* ¡Al fin!

Aglavena El teléfono.

Pilu ¡Ah!, ¿pero en el castillo hay teléfono?

Aglavena Red unida con la directa de los interurbanos. Idea de Teresa, que no pierde detalle. Se puede comunicar con toda España sin moverse de aquí. *(Vuelve a sonar el teléfono.)*

Pilu Teresa es una mujer admirable.

Máximo ¿Y dónde está el teléfono? *(Mirando alrededor suyo.)*

Juan *(Levantando la muñeca.)* Aquí. *(Suena furiosamente el aparato.)*

Pilu *(Lleno de alegría.)* Todo es aquí originalísimo. ¡Qué días tan agradables nos esperan!

Juan *(En el receptor.)* ¿Con quién hablo? *(Pausa.)* ¿Eh?... ¡Oh!... *(Se queda como espantado.)* ¡Oooh!

Aglavena ¿Qué ocurre?

Juan Telefonean de Sabadell.

Aglavena ¿De Sabadell? *(Pretende coger el receptor de manos de Juan.)*

Juan No, no; de ninguna manera. *(Sin soltar el receptor.)* Lo que me dicen es muy grave, ¡casi trágico!

Aglavena Mi tío acaso...

Juan De él se trata. *(En el receptor.)* ¿Cómo dice usted? *(Pausa.)* Diguili qui vingui al aparato ella mateixa. No hay otro remedio. Toma y sé fuerte. *(Le da el receptor.)*

Aglavena ¿Con quién hablo? *(Pausa.)* Sí, sí, soy yo. *(A medida que escucha van creciendo sus exclamaciones en asombro y en desesperación.)* ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Uh!... ¡Ih! *(Da un grito y se desploma en una butaca.)* ¡Terrible! ¡Espantoso! *(Todos la rodean.)*

Máximo ¿Qué es eso?

Pilu ¿Qué pasa?

Alicia ¿Qué desgracia le anuncian?

Aglavena Mi tío... mi pobre tío... ¡que está a la muerte!

Pilu ¿Y le quiere usted mucho?

Aglavena *(Llorando.)* ¡Con toda mi alma! Me prometió que al morir sería mía toda su fortuna.

Alicia Se comprende entonces ese cariño. *(Vuelve a sonar el teléfono.)*

Juan *(En el receptor.)* ¿Qué? ¿Que ella mateixa encara? Toma y apura el cáliz hasta las heces.

Aglavena *(Cogiendo el receptor.)* Digui lo que vulgui. *(Pausa.)*

Pilu *(A Juan.)* ¡Pobrecilla, cómo sufre!

Aglavena Dicen que mi tío quiere verme junto a la cabecera de su llit en sus últimos momentos o me deshereda.

Pilu ¡Ah! Pues hay que cumplirle ese deseo al moribundo y de prisita, porque nunca mejor dicho que el tiempo es oro.

Aglavena *(Llorando.)* Pero eso es una locura. ¡Ahora no hay tren!

Juan Vete en el auto.

Pilu Puede que el nuestro sea más veloz, y lo pongo a disposición de ustedes.

Juan Gracias, míster; el nuestro es excelente. Voy a decir que lo preparen a escape. Entretanto dispón tú una maleta con la ropa y lo que sea más preciso.

Aglavena Sí, sí. Con permiso de ustedes voy a prepararlo todo para irme dentro de veinte minutos. ¡Pobre tío! *(Llora.)*

Juan ¿Ves como te decía yo hace media hora que tu tío era muy bueno en el fondo?

Aglavena ¡Mucho! *(Haciendo mutis por la segunda izquierda.)* ¡Muy bueno! ¡Pobre tío de mi vida!

Pilu Alicia, no dejes sola a la Marquesa en estos tristes momentos; acompáñala.

Alicia *(Siguiéndola.)* Con mucho gusto. *(Hace mutis segunda izquierda.)*

Juan Yo voy a decir que preparen el automóvil. *(Mutis por la primera izquierda.)*

Pilu Conde, acompañe usted al Marqués en estos luctuosos momentos, porque él también debe sufrir bastante... y eso que como hereda...

Máximo Con mucho gusto, no faltaba más. Usted me ordena. *(Mutis detrás de Juan, primera izquierda.)*

ESCENA X

PILU, TERESA y luego JUAN.

Pilu *(Solo.)* ¡Qué escena de familia! ¡La ternura unida a la tristeza! ¡Pobre tío! *(Entra segunda derecha Teresa.)* Señora doña Teresa Campos, la instalación del castillo es magnífica; el Marqués es un verdadero hijodalgo, y la Marquesa tiene un corazón de oro. Reconforta el ánimo comprobar hasta qué punto la Marquesa sabe mantener el amor de la familia y el sentimiento de las conveniencias sociales. Supongo que irá usted a consolarla y no quiero detenerla. Me voy al garaje. *(Hace mutis segunda derecha diciendo.)* Eso pobre tío...

Teresa *(Sorprendida.)* ¿Corazón de oro? ¿Amor a la familia? ¿Conveniencias sociales? ¿Consolarla? ¿Qué desatinos son esos?

Juan *(Por primera izquierda, muy alegre.)* El pobre tío lo ha pagado. Ha sido un medio como otro cualquiera.

Teresa Señor Marqués, ¿quiere usted explicarme?...

Juan Un momento... Con su permiso. *(Se acerca al ventanal, lo abre y grita.)* Chófer, Ramón... telefonea desde Lérida si no hay novedad en el viaje, y no dejes de poner dos neumáticos para recambio, por si son precisos.

Teresa ¿Quién se va?

Juan Aglavena; su tío está a la muerte.

Teresa ¿Su tío?

Juan Y la manda que se vaya inmediatamente.

Teresa ¿Quién ha traído la noticia?

Juan La han dado por teléfono.

Teresa ¿Por teléfono?

Juan Sí.

Teresa ¿Desde Sabadell, donde vive?

Juan No. La han dado desde mi despacho.

Teresa ¿Entonces es un aviso falso?

Juan Naturalmente.

Teresa ¿Y Aglavena se va?

Juan Dentro de media hora, en el auto.

Teresa ¿Y la familia Pilu?

Juan Esa se queda.

Teresa ¿Hasta la noche?

Juan Hasta el mes que viene.

Teresa ¿Quince días entonces?

Juan El tiempo que necesito para conquistar a la muchacha. ¿Qué dice usted a todo esto?

Teresa Que puedo deshacerlo todo en diez segundos.

Juan ¿Poniéndose y poniéndonos a todos en ridículo? Usted no es capaz de eso.

Teresa Es verdad, no lo soy. Pero yo también me quedo en el castillo para ocupar el puesto de Aglavena.

Juan ¿En todo?

Teresa En todo lo que ella tiene de desagradable, de antipática y de molesta, mi querido amigo... ¡Y vamos a ver qué pasa!...

(Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

Acto segundo

ESCENA PRIMERA

TERESA, OCHOA y luego JUAN.

(Al levantarse el telón, Teresa está sentada leyendo un periódico de modas. Ochoa, de pie junto al ventanal, contempla el paisaje.)

Teresa *(Dejando de leer.)* ¿De modo que no sabe usted dónde está Juan?

Ochoa No lo sé; pero me figuro que estará donde está siempre desde hace una semana: Paseando con Alicia.

Teresa ¡Qué pesadez! Y es verdad que siempre están paseando juntos. Y digo pesadez por no decir impertinencia, porque figúrese lo que pensará de esos paseos tan frecuentes el señor Conde de Pioz.

Ochoa Me parece que no piensa en nada y que hará un marido modelo. *(Mirando por el ventanal.)* ¡Demontre, qué cosa tan rara! Ahí viene Juan...

Teresa ¿Con Alicia?

Ochoa No; solo... Por eso digo que es raro.

Teresa Efectivamente. Pero es muy posible que se haya cansado la muchacha de tener siempre en su oído ese moscón.

Ochoa No lo creo; a ella le gusta.

Teresa Usted qué sabe, ¡so simple! *(Entra Juan por segunda derecha.)* Señor Marqués, ¿le han dejado a usted plantado?

Juan Sí, señora; en medio de un campo de amapolas y de acianos. Un capricho de Alicia; íbamos paseando y de repente se para y me

dice: «Quiero ir sola hasta la alquería de los olmos.»

Ochoa Y eso, ¿por qué?

Juan Lo ignoro

Ochoa Habérselo preguntado.

Juan Sepa usted, amigo mío, que nunca se les debe preguntar a las mujeres el motivo de su conducta. Eso les disgusta, porque se les obliga o confesar que obran siempre sin razón alguna.

Teresa ¡Eso es una calumnia!

Juan He hablado del bello sexo... no de las mujeres de negocios. *(Se sienta.)*

Teresa Veo con satisfacción que Alicia empieza a huir de usted.

Juan Algunas veces y durante diez minutos, sin duda para complacerse más en volver a hablarme. Y si he de ser franco, me parece que estamos demasiado tiempo juntos.

Teresa Sí, señor; demasiado. No me explico que míster Pilu permita semejante escándalo.

Juan Míster Pilu no se entera de nada. Se pasa el día pescando.

Teresa No quiere olvidarse de que debe su fortuna a las sardinas. Es hombre agradecido. Lástima que no esté aquí Aglavena, porque así esta impertinente aventura se acabaría pronto.

Juan Es posible. Pero como Aglavena sigue en Sabadell...

Teresa Todos los días me pregunto qué hará allí desde hace una semana.

Juan *(Con acento tragicómico.)* ¡Está disputando su tío a las garras de la muerte!

Teresa Eso no, puesto que su tío no estaba enfermo.

Juan Puede que ahora lo esté de veras. La emoción de ver entrar en su casa a Aglavena en plena noche, para enterrarle y recoger la herencia, ha podido ser fatal para el pobre hombre.

Ochoa Sea lo que sea, no se comprende esa ausencia tan prolongada.

Teresa Felizmente estoy aquí yo y...

Juan Usted no ha impedido que flirtee con Alicia.

Teresa Pero impido que el flirt pase a mayores.

Juan ¿Y usted qué sabe?

Teresa *(Con ansiedad.)* Me parece que si ustedes hu-

biesen cambiado palabras definitivas, lo sabría yo.

Juan ¿De veras?

Ochoa Alicia se lo cuenta todo a Teresa.

Juan Pero hay cosas que seguramente no se atreve a confiarla.

Teresa *(Bruscamente.)* ¿A qué altura de relaciones están ustedes?

Juan Alicia me adora.

Teresa ¡Mentira!

Juan Pues entonces me detesta.

Teresa Tampoco.

Juan Pues sabe usted más que yo, por lo visto.

Teresa ¿No quiere usted decirme nada concreto? ¿Se hace usted el misterioso? Pues yo lo averiguaré todo. *(Va hacia el foro y se vuelve.)* Adivine usted dónde voy.

Juan En busca de Alicia.

Teresa Justamente.

Juan Y va usted a ver si chismorreando la sonsaca...

Teresa Sí, señor. Es decir, chismorreando... *(Juan se echa a reir furiosamente.)* Señor Marqués de Rondel; cuanto más dure la guerra entre nosotros, más le destestaré a usted. *(Se va por segunda derecha. Ochoa ríe al mismo tiempo que Juan.)*

ESCENA II

JUAN y OCHOA.

Ochoa Se va furiosa.

Juan Ya lo veo. *(Sigue riendo.)*

Ochoa ¿Y eso le divierte a usted?

Juan Esa es mi venganza. Indigna ver que una mujer joven y bonita sólo sepa ocuparse de sus intereses, de sus almacenes, de sus ventas...

Ochoa A mí me parece que en el fondo hay otra cosa. Yo creo que Teresa está loca por usted.

Juan *(Riendo.)* Usted no conoce a Teresa. La señora viuda de Olano no tiene corazón ni sentimientos. Por corazón tiene un gran libro de caja y expulsó de su alma los sentimientos hace años, sustituyéndolos por un tarjetón donde pone precio fijo a todas las cosas.

Ochoa Puede que tenga usted razón. Yo no soy com-

petente en cuestiones de cariño. *(Guiñando un ojo.)* Entonces lo de la americana...

Juan A la medida. *(Ríe.)*

Ochoa Puede usted decirme la verdad, porque yo no sabré traicionarle.

Juan Pues la verdad es que entre Alicia y yo no hay absolutamente nada.

Ochoa ¿De veras?

Juan ¡Ni lo habrá nunca!

Ochoa ¡Cuando Teresa se entere!...

Juan Cantará victoria; pero no conviene decirle nada todavía.

Ochoa La yanki está rehacia, ¿eh?

Juan No lo sé. No la he hablado nunca de amor.

Ochoa ¿Que no? Me asombra usted.

Juan Lo creo, porque yo mismo estoy también asombrado; pero mi caso es tan complejo, ¡tan delicadísimo! Usted que está al corriente de mi situación puede hacerse una idea de la cantidad de mentiras que tendría que destruir antes de poder decirle a esa muchacha: Yo te quiero.

Ochoa ¿Pues no estaba usted decidido a decírselo?

Juan Ya lo creo. Como que a primera vista nada me parecía más fácil; pero al llegar el momento de decidirme me han faltado los ánimos. No he visto manera de revelarle la verdad.

Ochoa ¿Y por qué no se lo ha escrito usted?

Juan Porque también he visto otro obstáculo infranqueable, y es la confianza que Alicia ha puesto en mí.

Ochoa ¿Confianza?

Juan Naturalmente. Cómo voy a hablarle de amor a una mujer que me está repitiendo desde la mañana a la noche: «Qué contenta y qué segura me encuentro a su lado. A usted al menos no le llama la atención mi fortuna. Al fin encontré un hermano, un amigo desinteresado.» ¿Debo yo contradecirla? Mi prestigio desaparecería en el acto.

Ochoa Es verdad.

Juan Y si al menos yo estuviese enamorado de la muchacha...

Ochoa Sería usted más tímido.

Juan Nada de eso. Lo arrostraría todo: pero desgraciadamente...

Ochoa ¿Alicia no es el tipo de usted?

Juan Físicamente, sí; pero moralmente, no. Ella es muy feliz, tiene mucho dinero, la vida le sonríe demasiado y yo tengo en mi alma mucho de don Quijote; me gusta proteger, salvar, desfacer entuertos, como gustaba de hacer nuestro señor de la Mancha. Que Alicia se encontrase mañana de pronto en una situación financiera penosa o que yo pudiera salvarla de un peligro y entonces me enamoraría de ella locamente, y me casaría con Alicia a pesar de sus millones.

Ochoa Eso a pesar es delicioso.

Juan Sobre todo en mi boca. Yo que he dicho que iba a casarme con ella por su dinero... Pero qué quiere usted, he descubierto que soy más hombre de bien de lo que yo creía y no me disgusta este descubrimiento.

Ochoa Si es constante esa hombría de bien...

Juan ¡Qué duda cabe! Hace media hora, yendo juntos por el campo, se le ocurrió de pronto a Alicia apoyarse en el tronco de un cerezo. Era un cuadro encantador, ella toda blanca y rosa bajo el dosel del ramaje constelado de innumerables granos de coral, los pájaros enviando al sol sus arpegios enamorados, el aire oliendo a estío, en el tiempo de las cerezas, en suma, cuando todo tiene aroma del amor, yo he retrocedido dos pasos para ver a mi gusto la figurita adorable que me sonreía bajo la copa del árbol, y he preguntado a mi corazón: ¿Puedes querer a esta muchacha? Mi corazón ha continuado latiendo pausadamente, y cuando no se apresura en estos momentos el corazón, es que no responde a los entusiasmos del alma. En aquel momento Alicia me preguntó: «¿En qué piensa usted?» Pienso, la respondí, en que las cerezas están maduras y ya es tiempo de cogerlas. Mi respuesta la turbó. Estuvo callada un momento y después me dijo: «Quiero ir a la alquería de los olmos, pero quiero ir sola...» y se fué. Yo la vi alejarse sin sentir el menor sobresalto. La suerte está echada, no la volveré a hablar nunca de amor, ni de matrimonio.

Ochoa El hombre varía con frecuencia de pensamientos.

Juan Quiero evitarlo, y para ello mandaré venir a Aglavena. Esto pondrá fin a todo.

Ochoa ¿Va usted a llamar a Aglavena?

Juan Sí.

Ochoa Entonces Teresa no se equivocaba al decir que era usted el que la retenía en casa de su tío.

Juan Claro está.

Ochoa ¿Y cómo?

Juan Al llegar Aglavena a Sabadell, se encontró con un telegrama que la puse, diciéndola: «La viruela diezma el personal del castillo y sus alrededores. Te he alejado con un falso pretexto para evitarte el contagio.» ¿Qué tal?

Ochoa *(Riendo.)* Muy bien. ¿Y vendrá en cuanto usted la llame?

Juan Ya lo creo.

Ochoa ¡Qué docilidad!

Juan La tengo perfectamente educada, y desde mañana o pasado, en cuanto llegue, la vida en este castillo volverá a ser lo que era: Recibir visitas, atender a los compradores, y aquí no ha pasado nada.

Ochoa ¡Aquí la tiene usted!

Juan ¿A quién?

Ochoa Alicia viene. *(Ochoa se va hacia la derecha.)*

Juan No se vaya usted.

Ochoa ¿Por qué?

Juan Porque no quiero estar a solas con ella. *(Alicia, que ha entrado por segunda derecha, oye la última frase y sonríe. Ochoa, haciéndole señas de silencio con el dedo en los labios, se aleja. Juan se vuelve y ve que está solo con Alicia.)*

ESCENA III

ALICIA, JUAN y TERESA.

Juan *(Cohibido.)* Hola... ¿No ha visto usted a Teresa? Ha ido a ver si la encontraba... pero... quizá no se hayan encontrado ustedes.

Alicia *(Divertida con la turbación de Juan y con las manos ocultas en la espalda.)* Sí, sí; nos hemos visto, y ahora sube. *(Levantando muy en alto las manos y enseñando una rama de cerezo llena de frutos.)* ¿La conoce usted?

Juan Es la rama que le hacía a usted sombra en los ojos hace media hora.

Alicia La misma.

Juan ¿Me permite usted? *(Coge la rama y la sostiene sobre la cabeza de Alicia.)* Así miraban con envidia las cerezas los labios de usted. *(Entra segunda derecha Teresa.)* Teresa, usted que es una artista, denos su opinión sobre este grupo.

Teresa Admirable para la tapa de una cajita de bombones.

Juan ¿Verdad que sí? ¿Lo pongo en un vaso, Alicia?

Alicia Sí, en este. *(Señalando uno grande de bronce.)* Esta ramita, ¿no le recuerda a usted nada, señor Marqués?

Juan *(Mientras pone en el vaso y arregla la rama.)* Toda nuestra conversación en pleno campo. *(Cada uno está a un lado de la mesa. Hay un momento de silenciosa emoción.)*

Teresa *(Que les observa.)* Marqués, usted no ha cumplido la palàbra que ha dado al Conde.

Juan ¿Qué palabra?

Teresa ¿No tenía que dejarle leer un libro?

Juan ¡Ah, sí! «La guía práctica de los blasones.»

Teresa Lo está esperando desde hace dos días.

Juan Pues no debe esperarlo ni un minuto más. Con permiso de usted voy a la biblioteca para enviárselo. *(Se va precipitadamente por la primera puerta de la izquierda.)*

Teresa *(Después de una corta pausa coge las manos de Alicia y le mira fijamente los ojos.)* Encantadora Alicia, respóndame usted con el corazón en la mano. ¿No tiene usted que decirme alguna cosa?

Alicia Sí.

Teresa ¿De importancia?

Alicia De trascendencia.

Teresa *(Emocionada.)* ¿Qué es ello?

Alicia He descubierto que Juan no está casado.

Teresa ¿Y cómo? ¿Por quién lo ha sabido usted?

Alicia Por usted misma. A fuerza de cogerme usted las manos todos los días y decirme con una voz ansiosa: Encantadora Alicia, ¿no tiene usted nada que decirme; no se ha enterado usted de nada?, acabó usted por despertar mi curiosidad y me dije: aquí hay que descubrir algo, por lo visto.

Teresa *(Desolada.)* ¿Y comenzó usted sus pesquisas?

Alicia No he tenido que tomarme ese trabajo, porque anteayer, en la alquería de los olmos, donde fuí a beber un vaso de leche, me dijo la alquera, riéndose: «Hace días que no hemos visto a la señora Marquesa doña Aglavena. ¿Es usted su sucesora?»

Teresa *(Escandalizada.)* ¡Oh!

Alicia Y entonces yo pensé: una Marquesa que se sustituye en ocho días sin que esto sorprenda a los habitantes del país, es algo muy pintoresco.

Teresa Y sacó usted una deducción terrible.

Alicia Yo he adivinado siempre todo aquello que me estaba prohibido comprender; es una fatalidad. Pero hoy he querido cerciorarme de lo que adivinaba, he vuelto a la alquería y le he dicho a la alquera, enseñándole un billete de veinte duros: Acabo de apostar el doble de esta cantidad a que el Marqués de Rondel no está casado; si gano la apuesta, la parto con usted. Y la alquera, cogiendo el billete, me ha respondido: «Que Dios la bendiga, señorita, usted ha ganado. Es la cuarta señora que el Marqués hace pasar por su mujer. Yo le he conocido una rubia, una morena, una de pelo rojo y otra de pelo castaño claro.» *(Teresa hace grandes aspavientos de desesperación. Alicia se echa a reir.)*

Teresa ¿Se habrá usted escandalizado, naturalmente?

Alicia ¡Todo lo contrario. La noticia me llenó de alegría, Juan es libre y puede casarse conmigo.

Teresa ¿Le ha dicho a usted que la quiere?

Alicia Si me lo hubiese dicho no lo hubiese creído, porque yo pensaría que, como a los otros, le gustaba mi fortuna.

Teresa Pues eso es precisamente lo que él va buscando, no como los otros, sino mucho más que los otros. A él le ha vuelto loco el dinero de usted.

Alicia Está usted equivocada. El iba a dejarme marchar sin decirme que es soltero. ¿Es esa la conducta de un cazador de dotes?

Teresa ¿Qué es lo que ha pasado entonces bajo el cerezo?

Alicia Pues que íbamos, como de costumbre, bromeando y riendo por el campo, cuando de pronto, al apoyarme yo en un árbol, Juan

se detuvo, se puso a mirarme largamente, durante mucho rato, con los ojos tan llenos de ternura que me fascinaban. Yo le veía hacer esfuerzos inauditos para no caer de rodillas y declararme su amor, hasta que por fin le dije: ¿En qué piensa usted? Se lo pregunté para obligarle a una declaración, me quedé esperando su respuesta, con unos latidos tan dulcemente apresurados de mi corazón, que casi desfallecía de ventura. Y Juan me contestó: «Pienso que las cerezas están maduras y que ya es tiempo de cogerlas.» *(Con entusiasmo.)* ¿Comprende usted, Teresa; lo comprende usted?

Teresa Comprendo que eso no es una declaración amorosa.

Alicia ¿Que no? ¡Entonces usted no sabe lo que son sentimientos! Esas palabras significan que nuestros corazones ya están llenos de amor y que es hora de recoger el fruto. Al oír esas palabras tomé la resolución de descubrir la verdad. He querido saber si Juan tenía el derecho de amarme, y figúrese usted lo feliz que me ha hecho el saber que es soltero.

Teresa Habla usted como si ya le amase.

Alicia ¡Oh, sí, le quiero!...

Teresa Un hombre que cultiva con tanto descaro sus aventuras galantes...

Alicia ¿Los hombres de su alcurnia y sus condiciones no han hecho otro tanto? Los mismos reyes...

Teresa Es que precisamente, y esto es desagradable para él, pero yo debo decirlo, el Marqués está... muy lejos de esa alcurnia.

Alicia ¿Es que su título no es auténtico?

Teresa ¡Oh! Eso sí; pero su fortuna no lo es.

Alicia ¿Juan no es rico?

Teresa Juan es completamente pobre.

Alicia *(Palmoteando de alegría.)* ¡Gracias, Dios mío! ¡Hoy no hago más que saber noticias agradables!

Teresa ¿De modo que la noticia de la pobreza del Marqués es para usted agradable?

Alicia ¡Claro! Siendo noble y rico estaba muy lejos de mí. Estando arruinado se dignará casarse conmigo.

Teresa Supongo que míster Pilu no lo consentirá nunca.

Alicia ¿Papá? Está tan enamorado de Juan como yo. Va usted a verlo. *(Se acerca al ventanal y llama.)* Papá, papá... Teresa tiene que darte un recado; sube en seguida.

Pilu *(Dentro.)* Ya voy.

Teresa ¡Pero si yo no tengo que decirle nada a su padre de usted!

Alicia Usted va a ayudarme.

Teresa ¿Va usted a decirle a su papá que quiere al Marqués?

Alicia Sí. Y cuento con usted para que me ayude a convencerle.

Teresa Esto no le sucede a nadie más que a mí.

ESCENA IV

ALICIA, TERESA y PILU.

Pilu *(Por segunda derecha.)* Aquí estoy, Teresa, ¿qué deseaba usted?

Alicia No es Teresa, papá; soy yo la que quiero hablarte. Y voy a ir derecha al grano. Derechita. *(Haciendo un esfuerzo.)* Queridísimo papá; tú siempre has dicho que deplorabas haberme visto cumplir los veinte años sin estar casada.

Pilu Y lo deploraré más si no te has casado a los veintiuno. Y cada año que pase...

Alicia Pues alégrate, porque ya estoy decidida.

Pilu ¡Gracias a Dios! Y te aseguro que no te arrepentirás de la elección, porque Máximo será un excelente marido.

Alicia *(Sonriendo.)* Es que Máximo no es el elegido. ¿Verdad, Teresa? *(Teresa calla. Alicia le da con el codo un golpe fuerte.)* Teresa, ¿verdad que no es Máximo el hombre elegido por mí para esposo?

Teresa ¡Ay! *(De mal gana.)* No, no lo es, al parecer.

Pilu ¿Quién es entonces?

Alicia Juan, el Marqués de Rondel.

Pilu ¿El Marqués de Rondel? ¿Juan?

Alicia Sí, papá.

Pilu ¡Tú te has vuelto loca! ¡Pero si está casado!

Alicia No, papá.

Pilu Pero si yo he visto a su mujer.

Alicia ¿A su mujer?

Pilu Sí, a la Marquesa.

Alicia Papaíto, esa Marquesa no era su mujer.

Pilu ¿Quién era entonces?

Alicia Pregúntaselo a Teresa.

Teresa *(Avergonzada.)* Una parienta lejana.

Alicia Además, el Marqués es pobre, ¿verdad Teresa?

Teresa *(Enérgicamente, sabiendo que esto le hará efecto a Pilu.)* Eso sí que es verdad; el Marqués no tiene una peseta.

Alicia Como ves, todo viene a maravilla.

Pilu A maravilla, ¿verdad? Pues no soy de tu opinión, y lo que dices me parece una locura.

Alicia Papá...

Teresa Comprendo su indignación, míster Pilu, y la comparto. Yo he hecho todo lo posible para sostener a su hija en la resbaladiza pendiente en que se ha colocado. Yo la he dicho que un padre digno, como usted lo es, no puede otorgar la mano de su hija a un hombre sin fortuna.

Pilu Eso es la misma evidencia.

Teresa Y la he dicho también que debía saber resistir a la peligrosa tentación de casarse con el Marqués.

Alicia Pues sí que tiene usted una bonita manera de ayudarme.

Teresa Todo lo hago en interés suyo, amiga de mi alma, y usted debe oír y atender nuestros consejos.

Alicia Yo sólo atiendo lo que me dice mi corazón.

Pilu *(Muy enérgico.)* Señorita. *(Volviéndose a Teresa.)* Ruego a usted que me deje a solas con mi hija unos minutos.

Teresa No sea usted muy severo; sea usted justo nada más. *(Se va por segunda derecha.)*

Pilu Señorita...

Alicia Papá, no me llames señorita, porque eso entre padre e hijos es de un ridículo espantoso.

Pilu Es que...

Alicia Es que tú eres un hombre razonable y nunca estás de acuerdo contigo mismo. ¿No me has dicho siempre que escoja un marido a mi gusto?

Pilu Pero nunca te he dicho que escojas un hombre casado.

Alicia Pero si el Marqués es soltero.

Pilu ¡Desgraciada! ¿Qué historias ha podido contarte ese hombre?

Alicia Ninguna reprobable. Además no hemos ha-

blado nunca de amor, nunca, nunca, ni él ni yo.

Pilu ¿Y dices que quieres casarte con él?

Alicia Sí.

Pilu No entiendo esa charada.

Alicia Pues sin entenderla, ve a pedir su mano para mí.

Pilu ¡Eh! ¿Qué dices? ¿Yo?... ¡Es inaudito!

Alicia Al contrario, no hay nada en el mundo más lógico. Vas a verlo. Juan es pobre, digno, me quiere y su delicadeza le condena al silencio. No queda otro recurso que obligarle a decir que me quiere.

Pilu ¡Obligar a un hombre que exhibe como una condecoración sus intrigas amorosas!

Alicia Yo se las perdono, y si se las perdono yo, que soy la más directamente interesada, ¿qué vas a hacer tú? Vamos a ver, papá: a ti te gusta un yerno con título y me parece que con Juan vas bien servido, tiene tres o cuatro títulos.

Pilu Yo los preferiría amortizables al 5 por 100.

Alicia Y a mí qué me importa. Lo que veo es que no se casa conmigo por mi dote.

Pilu Razón de más. Un hombre que desprecia el dinero es capaz de todo.

Alicia A mí me hace más feliz ser adorada por mis cualidades personales que no por mis rentas.

Pilu Has perdido por completo el sentido moral, y si yo no fuese tu padre me preguntaría a voces de qué idiota eres la hija.

Alicia Papaíto...

Pilu ¡No hay papaíto que valga! Tenía razón tu tía Angeles al decirme que yo te estaba educando de un modo detestable. La demasiada libertad corrompe a la juventud, y hay que volver a los principios de la antigua educación, que son la autoridad y el látigo.

Alicia Papá...

Pilu ¡Silencio! Tu decisión de casarte me parece excelente. Sólo que en lugar de escoger tú como has escogido a un caballero de industria, te obligaré yo a casarte con un noble auténtico, que me ofrece todas las garantías que apetezco. Te casarás con el Conde de la Campana de Pioz, al cual le has hecho concebir ciertas esperanzas. *(Llama al timbre.)*

Alicia Esas esperanzas se las llevó el viento.

Pilu Ya sé por qué razones, y esas mismas razones son las que dictan la severidad de mi conducta. Tú eres una romántica con la cabeza llena de ideas impertinentes y absurdas. El matrimonio pondrá orden en todo eso y tú misma, dentro de poco, sabrás agradecerme el que yo haya sido tan enérgico y tan despiadado. *(Entra Liborio.)*

Liborio ¿Llamaban los señores?

Pilu Diga usted al señor Conde de la Campana de Pioz, que venga en seguida. *(Vase segunda derecha.)*

Alicia ¡Ah! ¿Pero hablabas en serio? ¿Te empeñas en casarme con ese buen señor?

Pilu Con ese noble señor, debes decir.

Alicia ¿Sin consultar a mamá?

Pilu No es preciso; tengo de ella carta blanca.

Alicia Pues antes que obedecerte prefiero entrar en un convento.

Pilu Me opongo también resueltamente. Ahora mismo voy a prometer tu mano al Conde, y mañana por la mañanita saldremos los tres juntos de este maldito castillo e iremos a Luchón, donde está tu madre tomando las aguas, y allí tendremos el gusto de presentarle a su futuro yerno.

Alicia Te digo que no, papá.

Pilu Te digo que sí, hija mía.

Alicia Te aseguro que no.

Pilu Te aseguro que sí.

Alicia ¡Que no!

Pilu ¡Que sí!

ESCENA V

DICHOS y MAXIMO.

Máximo *(Por segunda derecha.)* ¿Me llamaba usted, míster Pilu?

Alicia Caballero, usted dice que me quiere, pretende casarse conmigo y mi padre apoya sus pretensiones; pero, vamos a ver, ¿usted me ha dado alguna prueba de cariño? ¿Ha roto usted por mí sus relaciones amorosas? ¿Ha enviado usted lo que le estorbaba a Sabadell? ¿Ha estado usted junto a mí dos horas enteras palpitante de amor y sin atreverse a decir que me quería? ¿Es usted pobre? ¿Está usted

arruinado? ¿Prefiere usted renunciar a mi cariño antes que parecer interesado? ¿Es usted guapo, moreno, jovial e ingenioso? ¿Desciende usted de los Caballeros de las Cruzadas? Pues si usted no es nada de todo esto, de lo cual tengo la completa seguridad, es inútil que intrigue para solicitar mi mano, porque no me casaré con usted nunca, nunca, nunca!

Máximo Si me han llamado ustedes con urgencia para decirme todo eso, podían haberse ahorrado el molestarme.

Pilu Al llamarle a usted, mi intención ha sido muy diferente.

Máximo Pero la de su hija de usted...

Pilu Es que pretende casarse con el Marqués de Rondel.

Máximo Entonces el Marqués sería bígamo.

Alicia El Marqués no está casado.

Máximo ¡Oh, qué vergüenza!

Pilu Cuente usted conmigo, Máximo. Mi hija no ha dicho aún su última palabra.

Máximo Así lo espero. Usted sabe, míster Pilu, cuánto le estimo y la ardiente ilusión que tengo por entrar en su familia. El error de Alicia será una cosa pasajera, y no renuncio a la esperanza de llegar a ser su esposo.

Pilu ¡Bravo!

Máximo Y ahora me voy. Usted comprenderá que no debo permanecer en esta casa, que es de mi rival, ni un minuto siquiera. Voy a preparar mi equipaje, y me permito aconsejarle a usted que haga lo mismo. Podemos irnos juntos.

Pilu Nos iremos, no faltaba más. Mañana mismo por la mañana.

Máximo Creo que debemos irnos cuanto antes.

Pilu Lo pensaré.

Máximo Pues espero sus órdenes. *(Se va por segunda derecha.)*

Pilu ¿Sigues con la misma idea?

Alicia Sí, señor.

Pilu Pero Alicia, hija mía, reflexiona, reflexiona con la cabecita y no seas terca.

Alicia Bueno; pero dame un poco de tiempo para que reflexione, porque cambiar de idea así de pronto...

Pilu Tienes razón. Ves, cuando tienes razón, la tienes. Te concedo hasta mañana por la ma-

ñana para que puedas pensar lo que mejor te conviene. Pero en cuanto salga el sol, necesito saber de una manera categórica que no volverás a acordarte del Marqués. ¿Conformes?

Alicia Lo pensaré, papá.

Pilu Pues voy a decir al Conde que permaneceremos aquí esta noche. *(Al ir hacia segunda derecha entra Teresa.)*

ESCENA VI

ALICIA, TERESA y PILU.

Teresa ¡Ah! ¡Perdón! Si siguen ustedes hablando algo de interés... *(Intenta irse.)*

Pilu Haga usted el favor de quedarse, Teresa, y trate usted de reparar el daño que hizo trayéndonos aquí. Diga usted a mi hija que me obedezca.

Alicia Es inútil, papá, porque me parece que no cederé.

Pilu *(Muy irritado.)* Pues yo tampoco, y veremos cuál de los dos es más terco, si el padre o la hija. ¡Por vida de tres millones doscientas cincuenta mil latas de sardinas!... *(Vase por segunda derecha.)*

Teresa Se va muy enfadado su padre, Alicia.

Alicia En cuanto salen a relucir las latas de sardinas, estamos perdidos. Papá es un tirano, pero yo tampoco soy de pasta flora; no renuncio al cariño del Marqués.

Teresa Pero ¿por qué no? Debe usted obedecer a su padre y renunciar, puesto que parece que va en ello la tranquilidad de todos.

Alicia No le basta a papá mi renunciación; quiere además que hoy mismo le conceda mi mano a Máximo.

Teresa Su papá de usted exagera y toca los extremos.

Alicia *(Echándose en los brazos de Teresa.)* Usted es una buena amiga mía. Aconséjeme y sáqueme de este apuro.

Teresa Si yo pudiera...

Alicia Soy tan desgraciada... *(Sollozando.)*

Teresa *(Acariciándola.)* No llore usted. Tranquilícese y vamos a ver si entre las dos podemos

conseguir que no se realice ese matrimonio forzado.

Alicia ¡Por qué no estará aquí mi madre! ¡Ella conoce la vida! Mamá es indulgente y sabría defenderme.

Teresa Expóngale usted el caso.

Alicia No es posible. *(Llora.)* Mamá está en Luchón y papá no me ha concedido más tiempo que hasta mañana por la mañana para responderle.

Teresa ¿Y está usted segura de que su madre la defendería y le daría a usted la razón?

Alicia Seguramente. ¡Aunque no fuese nada más que por llevarle la contraria a papá!

Teresa ¿Y dice usted que su mamá está en Luchón?

Alicia Sí.

Teresa De aquí a Luchón, con el auto, se llega en cinco horas, y si usted quiere nos vamos juntas en mi coche para reunirnos con su mamá.

Alicia Y papá, ¿qué diría?

Teresa Usted le deja escrita una carta diciéndole donde va, y mañana, cuando su papá se presente en Luchón, después de la escena más o menos violenta que haya, como su mamá de usted ya la defiende, quedará deshecho ese impuesto matrimonio.

Alicia *(Radiante de alegría.)* ¡Admirable, admirable! ¡Acepto encantada ese plan! ¡Qué alegría! ¿Y cuándo nos vamos?

Teresa Dentro de un cuarto de hora. Voy a decir al chófer que prepare el auto, y para el porvenir, sea usted más cautelosa y no se enamore del primero que vea.

Alicia Nunca me enamoraré de nadie, porque siempre le seré fiel a mi Juan.

Teresa ¿Al Marqués? ¿Pero no ha renunciado usted a él?

Alicia ¿Quién ha hablado de eso?

Teresa ¡Oh! Pues entonces... *(Después de unos segundos de reflexión.)* cambia todo de aspecto, y si usted se obstina en su culpable amor, su papá de usted se obstinará también y nos veremos frente a un drama de familia, quizá una tragedia. Yo no puedo ayudarle a usted.

Alicia No tenga usted miedo. Conozco muy bien el carácter de mi padre. El se reunirá mañana con nosotros, dispuesto a una conciliación.

Teresa Pero usted no puede presentar a su madre para yerno a un señor que todavía no le ha dicho a usted que la quiere.

Alicia *(Muy risueña.)* Pues entonces es preciso que se me declare antes de que salgamos para Luchón.

Teresa No lo hará.

Alicia ¡Pues me declararé yo a él!

Teresa ¡Usted ha perdido la cabeza!

Alicia Yo sabré obligarle a decirme que me quiere. Usted no sabe lo que es una mujer decidida, y puesto que usted no quiere ayudarme, yo sabré hacerlo todo. Le obligaré a que me rapte en automóvil. Voy en busca de mi felicidad, voy por él. *(Se va hacia la primera izquierda.)*

Teresa Alicia, espere y no cometa una locura. Consiento en ayudarla. Yo le hablaré.

Alicia Hay que decirle que saldremos de aquí esta tarde los tres juntos, para presentarnos ante mamá, y sobre todo, que yo le quiero mucho. Nos iremos a las ocho en punto, y que él esté aquí...

Teresa Descuide usted, que sabré darle instrucciones.

Alicia Gracias, muchas gracias; le deberé a usted toda mi felicidad. Voy a dar yo misma las órdenes a su chófer, y luego escribiré la carta a mi padre.

Teresa Perfectamente.

Alicia Esperaremos en este mismo salón a las ocho en punto, y dígale usted a Juan que sea exacto a la cita, porque si se hace esperar yo misma iré a buscarle.

Juan *(Por la primera izquierda.)* Señoras.

Alicia Aquí está. *(Mirándole tiernamente.)* Juanito, ya... ¡Qué nerviosa estoy!

Teresa ¡Vaya si se le declara!

Alicia No, yo misma, no. Teresa tiene que darle a usted una gran noticia.

Juan ¿Referente a usted?

Alicia Sí. Teresa se lo dirá en cuanto yo me vaya. *(Comiéndosele con los ojos.)* En cuantito yo me vaya. *(A Teresa.)* A las ocho en punto. Teresa se lo dirá a usted todo, todito. *(Mutis segunda derecha.)*

ESCENA VII

TERESA y JUAN.

Juan ¿Qué gran noticia es esa?

Teresa No lo sé. *(Juan va hacia segunda derecha.)* ¿Dónde va usted?

Juan A que me lo diga Alicia.

Teresa No se mueva, que yo se lo diré.

Juan ¿Es desagradable?

Teresa Precisamente por eso vacilaba en decírselo.

Juan ¿Y por qué?

Teresa Dada mi simpatía por usted...

Juan *(Vagamente inquieto.)* De modo que entonces, ¿esa gran noticia no es una buena noticia?

Teresa Según se considere.

Juan *(Cada vez más inquieto.)* ¡Ah!

Teresa Se trata de que Alicia...

Juan *(Interrumpiendo.)* ¿Se casa con Máximo?...

Teresa Conste que no he sido yo la que lo he dicho.

Juan ¡Ah! *(Pausa.)* ¡Así tenía que suceder! ¡Es igual! Pero como Alicia y yo habíamos hecho un pacto y ella me llamaba su hermano mayor, ha debido contarme sus planes y hasta pedirme consejo.

Teresa *(Burlona.)* ¿Para ver si daba usted el consentimiento?

Juan Sí, señora. ¿Por qué? Eso hubiese sido lo correcto. No haciéndolo así, Alicia se ha portado mal conmigo, y ella misma debe haberlo comprendido así, puesto que le ha encargado a usted que me diera la noticia; pero después de todo, usted no puede comprender estas cosas que en el fondo prueban que Alicia y yo somos muy sensibles.

Teresa Estoy harta de oírle hablar a usted siempre de la leyenda de mi insensibilidad. ¿Usted cree que porque una mujer sepa hacer cálculos no puede ser tan impresionable como la que más?

Juan Esa mujer sabrá sentir el valor de sus cálculos.

Teresa Y el valor de otras muchas cosas. Puede ocurrirle ver en medio del campo un cerezo todo cuajado de rubíes y llenársele el alma de poesía. Y puede pensar que es una ventura ine-

fable apoyarse en el cerezo bajo el palio de sus hojas, sintiendo cómo late deliciosamente su corazón dentro del pecho, que suspira anhelante como un pajarillo preso entre las dos manos.

Juan Pero, Teresa: ese es un lenguaje completamente nuevo en su boca.

Teresa Todos los días no se puede ser sentimental.

Juan ¿Y hoy por excepción?

Teresa Lo soy.

Juan Lo que está usted es nerviosa, inquieta...

Teresa Es que quisiera borrar todas las malas ideas que tiene usted de mí. Me gustaría tanto llegar a convencerle a usted de que yo puedo ser una mujercita insoportable, voluble y caprichosa.

Juan Eso llegaría yo a creerlo...

Teresa Cuando lo viera, ¿verdad? Pues promete usted satisfacerme un capricho y se convencerá usted en seguida.

Juan Pues ya está satisfecho. ¿Qué es ello?

Teresa *(Con mimo infantil.)* Yo tengo una ilusión muy grande, muy grande.

Juan ¿Qué ilusión es esa?

Teresa La de ir a pasearme esta noche con usted por las ruinas del castillo de San Román, a la luz de la luna.

Juan *(Disgustado.)* ¿Pasear por las ruinas del castillo a la luz de la luna?

Teresa ¡Sí!

Juan Muy agradecido por la invitación.

Teresa ¿La acepta usted?

Juan Con mucho gusto. Esta noche, después de cenar, iremos.

Teresa ¿Y por qué no ir ahora mismo?

Juan ¿Sin esperarnos a cenar siquiera?

Teresa ¡Qué importa! ¡Vámonos!

Juan Pero, Teresa; esto no es un capricho, ni una ilusión: es un vértigo.

Teresa ¿Y es usted el mismo que siempre ha reprochado mi eterna manía de razonar? ¿Usted, que en toda su vida no ha hecho nada más que locuras y tonterías? ¡Vámonos!

Juan Es que tenemos que pasar por senderos llenos de zarzas y de malezas.

Teresa Pasaremos.

Juan ¿No tiene usted miedo de que encontremos algún lobo?

Teresa Cuento con usted para defenderme.

Juan ¿Y si yo mismo me transformase en lobo?

Teresa Yo me convertiría en Caperucita roja.

Juan ¿Y al llegar a casa de la abuela...?

Teresa No tendría usted valor para comerme. *(Riéndose y mirándole muy fijamente.)* ¿Verdad que no?

Juan No podía figurarme que fuese usted una mujer tan deliciosamente encantadora. Me felicito de conocer a la nueva Teresa Campos. Alicia no puede imaginarse lo alegremente que he recibido la noticia de sus esponsales.

Teresa ¿Pero piensa usted en Alicia? ¿Qué tiene ella que ver con todo esto? Aglavena es la única que podría decir...

Juan ¡Oh! Lo que es esa...

Teresa ¿No volverá más aquí?

Juan Volverá, porque voy a telegrafiarle diciéndole que ha desaparecido todo peligro de contagio y ya no hay nada que temer.

Teresa ¿Qué contagio es ese?

Juan Es verdad; usted no sabe nada de eso. *(Se echa a reir.)* Aglavena cree que en el castillo hay una epidemia.

Teresa Y sí que la hay, una epidemia de locura.

Juan Cierto. Porque, ¿quién me iba a decir a mí hace media hora que nos pasearíamos juntos esta noche a la luz de la luna, como si fuésemos dos enamorados?

Teresa Perdón, poco a poco; como dos amigos.

Juan Eso lo decidiremos a la vuelta.

Teresa *(Mirando el reloj.)* ¡Las ocho menos diez! Y aún estamos aquí. ¿Vamos?

Juan Pero, ¿qué le sucede esta tarde a esta mujer?

Liborio *(Por segunda derecha.)* Dice la señorita Alicia que le pregunte a la señorita Teresa si ya está todo arreglado.

Teresa ¿Que si ya está todo arreglado? *(Se queda muy pensativa.)*

Juan Tráigame usted el sombrero y un bastón y un abrigo a la señorita Teresa.

Teresa No, Liborio; no traiga usted nada. Diga a la señorita Alicia que sí, que ya está todo arreglado. *(Vase segunda derecha Liborio.)* ¡Pobre Alicia, pobrecita! *(Volviéndose hacia Juan.)* Señor Marqués, acaba de ocurrírseme una mala idea, y renuncio a pasearme con usted a la luz de la luna.

Juan ¿Por qué ese cambio tan súbito?

Teresa Porque yo iba a cometer una mala acción.

Juan ¿Paseándose conmigo?

Teresa ¡No puede usted comprenderme!

Juan Vaya si la comprendo. Usted no puede sostener hasta el final su papel de mujer, de una verdadera mujer.

Teresa ¡No es eso!

Juan ¡Si es eso! La turbación que usted siente en este momento la traiciona. Usted creía que nuestra broma era más inocente de lo que es en realidad. Usted ha comprendido que su capricho podría llevarla más lejos de lo que su razón quisiera, y se arrepiente usted.

Teresa ¡No es eso, no es eso! ¡Es que no quiero cometer una traición! ¡Créame usted!

Juan ¿Una traición? Aunque así sea, las promesas no ligan, no atan, no obligan ni sujetan más que mientras se pueden mantener, y ahora el resistirse está por encima de nuestras fuerzas. Está usted temblando. *(Cogiéndole las manos.)* Sus manos abrasan. Esos ojos llenos de luz, tienen reflejos apasionados. ¿Qué turbación interna ha podido vencer su frialdad? Teresa, déjeme usted ofrecerla todo el tesoro de mi cariño. ¡Teresa, yo la adoro a usted!

Teresa ¿Por despecho?

Juan No lo sé, ni quiero averiguarlo. En este momento la adoro a usted infinitamente. Correspóndame usted con la misma vehemencia con que me miran sus ojos llenos de fascinación y de arrebato.

Teresa No me hable usted así, no me empuje a traicionar... ¡Estoy como loca! Mis ideas y mis sentimientos giran sin reposo...

Voz *(Cantando dentro.)*

Qué alegres están las mozas,
la cereza maduró,
y el tiempo de las cerezas
es el tiempo del amor.

Juan ¿Oye usted la copla del arriero?

Teresa Sí. *(Soñadora.)* El tiempo de las cerezas es el tiempo del amor. ¡La oigo todavía!...

Juan Ya que estamos en el tiempo de las cerezas... ¿Vamos a pasear a la luz de la luna?

Teresa *(Mirando el reloj.)* Las ocho menos cinco. Sí, vamos.

Juan *(Dirigiéndose al ventanal.)* ¿No oye usted?

Teresa *(Sobresallada.)* ¿El qué?

Juan Cómo azota la lluvia en los cristales.

Teresa *(Muy nerviosa.)* Vámonos de todos modos. La luna saldrá en cuanto pase el chubasco.

Juan ¿Pero mientras llueve?

Teresa Esperaremos en la biblioteca. Es el sitio más seguro para no ser sorprendidos. *(Suenan las ocho en el reloj del salón.)* Vamos. *(Juan abre la primera puerta de la izquierda.)* Es la hora justa de que venga Alicia. *(Vase por la primera izquierda.)*

Juan *(Siguiéndola.)* ¡Maldito aguacero!...

ESCENA VIII

ALICIA.

(Entra por la segunda derecha con abrigo de viaje y un maletín en la mano. El reloj repite las ocho.) Las ocho en punto. Si me descuido no llego a tiempo. *(Mirando a su alrededor.)* Todavía no han venido. Esperaré. *(Se sienta y pone el maletín sobre sus rolillas.)* Con tal de que no tarden mucho... *(Pausa.)* Tendría gracia que nos sorprendieran antes de huir... *(Pausa larga.)* ¡Cuánto tardan!... *(Pausa.)* ¡Ay, Dios mío!, ¿qué harán que tardan tanto?...—*(Telón.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Acto tercero

La acción de este acto se desarrolla quince minutos después que la del acto anterior.

ESCENA PRIMERA

ALICIA.

(Al levantarse el telón la lluvia sigue azotando los cristales y Alicia sigue sentada con el maletín sobre las rodillas. Hay una pausa larga, durante la cual Alicia hace visibles señales de impaciencia.) ¡Las ocho y cuarto y sin estar aquí todavía esos, y lloviendo cada vez más! *(Pausa.)* Estoy desesperada. *(Pausa. En la biblioteca se oyen risas apagadas de mujer. Alicia escucha con atención. Pausa y nuevas risas, más fuertes, de hombre. Alicia se vuelve hacia la puerta. Pausa y se oyen las risas francas de Teresa y de Juan. Alicia se levanta de repente.)* Esa es la risa de Juan. Está en esa habitación, y no está solo. ¿Qué quiere decir esto? *(Se dirige a la primera puerta de la izquierda, la entreabre con mucho cuidado, mira y da un grito.)* ¡Oh! ¡Un beso! ¡Y son ellos! *(Súbitamente se le llenan los ojos de lágrimas, deja caer al suelo el maletín y se apoya en el umbral de la puerta, temblando por la amargura y los sollozos, sujetando con sus manecitas los latidos de su corazón, que parece querer saltársele del pecho.)* ¡Oh! *(Pausa.)* ¡Y yo que le esperaba soñando con tantas ilusiones! ¡Po-

bre de mí! *(Rompe a llorar.)* ¡Pobrecita de mí! ¡Qué malo es el mundo! ¡Qué malo es el mundo!

ESCENA II

ALICIA y MAXIMO.

Máximo *(Por la primera derecha.)* ¿Qué hace usted ahí, Alicia?

Alicia ¡Ya lo ve usted, llorando!

Máximo ¿Y por qué llora?

Alicia ¡Por mi felicidad perdida!

Máximo Yo también lloraría por lo mismo, si no fuese un hombre.

Alicia ¿Usted?

Máximo Yo, Alicia, yo. Y celebro infinito encontrarla en un momento de emoción para despedirme de usted *(Tendiendo la mano a Alicia.)* y decirnos adiós sin amarguras y sin rencores.

Alicia ¿Se va usted?

Máximo Mi dignidad me obliga a ello. Su padre tiene la bondad de dejarme el «auto», y en él me iré a Burgos dentro de una hora. Tendré un gran placer si usted me dice antes de mi partida que he sido un pretendiente molesto; pero que no me guarda usted ni antipatía ni odio.

Alicia ¿Pero usted me ha querido de veras, Máximo?

Máximo La he querido a usted y la quiero... con locura.

Alicia ¿Usted me quiere con locura?

Máximo Si he de decir verdad, con locura, felizmente, no. Si yo la hubiese querido así, a estas horas hubiese cometido un disparate. Yo la quería a usted razonablemente; pero usted entiende el amor de otra manera, y la ha vuelto a usted el juicio el marqués de Rondel.

Alicia *(Secándose las lágrimas y atravesando bruscamente la escena.)* ¡Al Marqués de Rondel, le odio!

Máximo *(Alegremente sorprendido.)* ¿Que le odia usted?

Alicia ¡Sí, señor; le odio, le requeteodio! ¡Y a Teresa la aborrezco!

Máximo Ella no me interesa. Hablemos de él. ¿Por qué le odia usted?

Alicia ¡Le he sorprendido abrazando a Teresa!

Máximo ¡Seré torpe! Y, como es natural, en ese instante se le ha caído a usted la venda que cubría sus ojos y ya no quiere ser su esposa.

Alicia ¡Prefiero morirme antes!

Máximo Vaya, veo que es usted razonable.

Alicia *(Echándose a llorar.)* He pensado hasta en el suicidio.

Máximo ¿No sería mejor que se casase usted conmigo?

Alicia ¡Ca! Eso sería más desconsolador.

Máximo Pero menos peligroso. Después de todo, una vez casada se puede usted morir cuando guste, mientras que una vez muerta, es imposible casarse nunca.

Alicia ¿Si yo supiese que mi matrimonio con usted le mortificaba?...

Máximo ¡Eso es segurísimo!

Alicia *(Recordándolo con dolor.)* ¡Y la abrazaba tan apasionadamente!

Máximo ¿Entonces me concede usted su mano?

Alicia *(Llorando pone su mano entre las de Máximo.)* Con toda la desesperación que siento en este momento.

Máximo Corramos a anunciar la buena nueva a su padre.

Alicia Vamos. Pero primero iremos a decir al chófer que ya no se necesita el auto. *(Tristemente.)* ¡Se acabó mi aventura! ¡Se acabó la ilusión del rapto!

Máximo ¿Quién le iba a raptar a usted?

Alicia Juan.

Máximo Entonces puedo decir que la he salvado a usted de un peligro.

Alicia Pero era un peligro tan delicioso... ¡Recoja usted mi maletín! Allí está en el suelo.

Máximo *(Recogiéndole.)* ¡Lo tenían todo bien preparado!

Alicia *(Haciendo segunda derecha mutis.)* ¡Qué pena tan grande, Dios mío! ¡Pensar que iba a casarme con Juan y tener que casarme con Máximo!

Máximo ¡Cristo del gran poder! ¡Qué cosas hay que oír y aguantar por coger quince millones! *(Hacen mutis.)*

ESCENA III

PILU y JUAN.

Pilú *(Por la primera derecha.)* Mi hija no está en su habitación y además no ha llamado a la doncella para que la vista para cenar. Estoy intranquilo. En las habitaciones de costumbre tampoco está y aquí *(Se oyen risas en la biblioteca.)* acaso... ¿Si estará aquí? *(Llama en la primera puerta de la izquierda. Nadie responde y llama por segunda vez.)*

Juan *(Dentro.)* ¿Quién?

Pilu ¡Yo! Míster Pilu. ¿Se puede pasar?

Juan *(Abriendo la puerta y saliendo.)* Si desea usted alguna cosa, aquí estoy yo.

Pilu ¿Estaba usted solo?

Juan Completamente solo.

Pilu Me pareció oír risas de mujer.

Juan Sería en el parque; están los balcones abiertos.

Pilu Y lloviendo, ¿quién va a estar en el parque?

Juan Pues sería en otra habitación.

Pilu Me es igual. ¿Usted no ha visto a mi hija esta noche?

Juan Sí, señor; la vi hace ya un rato.

Pilu ¿Y habló usted con ella?

Juan No, señor.

Pilu Pues es preciso, ya que estamos solos, que hablemos usted y yo de ella unos minutos.

Juan Le escucho a usted con toda atención.

Pilu Señor marqués de Rondel: la conducta que ha observado usted con nosotros desde que llegamos a este castillo no ha sido, ni es, digna, honrada, ni correcta.

Juan Señor don Woodrok Pilu; lo único que tengo que reprocharme desde la llegada de ustedes a este castillo, es la tranquilidad con que acabo de oír su impertinencia, y de no estar usted venerablemente cubierto de canas le hubiese contestado a usted como se merece. Mi conducta ha sido y es digna de mí, y basta.

Pilu Por culpa de usted, señor Marqués, mi hija ha perdido la cabeza. Usted la ha fascinado con palabras perniciosas.

Juan *(Sorprendido.)* ¿Que yo la he hecho perder la cabeza?

Pilu ¡Usted, sí, señor! Mi hija está perdidamente enamorada de usted y usted tiene la culpa de ello.

Juan ¿Yo?

Pilu Sí, señor. Y mi hija está tan loca por usted, que hace un momento quiso autoritariamente que yo mismo le pidiese a usted su mano para ella.

Juan *(En el colmo de la sorpresa.)* ¿Pero es posible?

Pilu Sí, señor; ya ve si es absurdo, que a usted mismo le parece imposible. La fascinación que usted ejerce sobre mi hija no es noble, ni es honrada, y para contrarrestarla no nos queda otro recurso que volvernos a América. Alicia se casa con el Conde de Pioz, o antes de dos días salimos para Wáshington.

Juan *(Estallando.)* ¿Sabe usted lo que ha conseguido con tan grata revelación? Pues acabar de volverme irremediablemente enamorado de su hija. A nuestro cariño le faltaba un no sé qué, un algo especial y raro, le faltaba que Alicia fuese desgraciada por alguna cosa, que fuese perseguida, tiranizada, víctima de un amor incomprendido. Y este amor era yo... ¡yo! ¡Yo, que no me he dado cuenta! Le juro a usted, míster Pilu, que yo no sabía nada de esto; pero desde ahora le aseguro que Alicia no me quiere en vano. Usted acabará por concederme la mano de su hija.

Pilu ¿Conceder yo la mano de mi hija a un calavera que tiene una pública intriga amorosa?

Juan Más vale tener una pública intriga amorosa antes de casarse, que no una oculta después. Ya sabe usted que las juventudes tormentosas presagian una madurez completamente reposada.

Pilu Además, usted no tiene un céntimo.

Juan Me sobrará el dinero si me caso con su hija de usted.

Pilu Al fin lo confiesa, ¿codicia usted su dote?

Juan Quiero casarme con Alicia desde hace diez minutos y ella es rica de siempre. ¿Comprer de usted la sinceridad de mi cariño?

Pilu Es posible. Pero no puedo creer que usted ignoraba que mi hija le quisiera.

Juan Créalo usted, míster Pilu. ¿Cómo iba yo a creer, ni a imaginarme siquiera, que la hija de Creso podía tener un corazón romántico?

Pilu Y ese corazón romántico le decide a usted a aceptar su mano, ¿verdad? ¡Admirable!

Juan Sí, señor. ¡Es admirable!

Pilu Basta de bromas, caballero. *(Molestado.)* Es inaudito que se atreva usted a pedir la mano de una joven a quien usted no ama, y si obligado únicamente porque ella, en un momento de extravío, creyó en falaces palabras.

Juan Esa sola razón bastaría, pero hay otra más importante, y es que ahora me doy cuenta de que yo adoro a su hija de usted desde la primera vez que crucé la palabra con ella. Mis cambios de carácter, mis indecisiones, mi turbación, mis temores, mi despecho, todo eso era cariño, cariño que no se quiere confesar. Por despecho, cuando usted llamó en esa habitación, estaba yo en amoroso coloquio con Teresa. *(Teresa entreabre la puerta y escucha.)* Por eso oyó usted risas de mujer. El amor que Alicia me inspiraba, por despecho se lo transmití a Teresa, y mis ojos, absortos en los de Teresa, sólo veían los ojos dulces e inefables de su hija de usted. *(Teresa desaparece sin hacer ruido. Pilu sonríe.)* Ya sé yo que estas sutilidades del sentimiento no están al alcance de un conservero de sardinas; pero mi alma necesita decírselo a usted a voces, para que usted lo sepa y para descargar mi conciencia al mismo tiempo.

Pilu Basta de cinismo. Sepa usted, señor Marqués, que mi colección de millones me da derecho a saber de todo y a comprenderlo todo; por sutil que sea, nada escapa al entendimiento de un millonario, y para terminar le hago saber que Alicia es la prometida de Máximo.

Juan Yo saldaré esa cuenta con el señor Conde... y bien pronto.

Pilu No sin que antes hable yo con él, para prevenirle de todo.

Juan Tiene usted el paso franco.

Pilu ¡Y encima me despide el muy cínico! Cua-

trocientos millones de latas de sardinas... con tomate. *(Vase furiosísimo por segunda derecha.)*

ESCENA IV

JUAN y TERESA; luego ALICIA.

Juan ¡Cómo se va el pobre hombre... pero el triunfo es mío! *(Al volverse ve a Teresa apoyada en el umbral de la puerta.)* Teresa... ¿Habrá oído algo? Encantadora Teresa... perdone usted si la he dejado sola tanto tiempo; pero entretenido con míster Pilu, que me hablaba de asuntos serios...

Teresa Yo también he estado entretenida todo ese rato, y en una cosa bastante seria.

Juan ¿Seria?

Teresa Sí, señor. Mi presencia en el castillo ya es inútil, y puesto que usted se casa con la hija de míster Pilu...

Juan Teresa... ¡Lo ha oído todo!

Teresa No me interrumpa y vamos al negocio. Puesto que usted se casa con la hija de míster Pilu, he pensado venderles a esos señores todos los muebles del castillo, haciéndoles una rebaja. Muebles mejores y más baratos no los van a encontrar ustedes, y usted ya tiene la casa puesta.

Juan *(Muy emocionado.)* Teresa... lo ha oído usted, ¿verdad? ¡Qué idea tan mezquina debe usted haber formado de mí! ¡Qué miserable debo parecer a sus ojos!

Teresa ¿Por qué?

Juan Porque hace un momento, aquí mismo, me habló usted como una enamorada, y ahí dentro, hace diez minutos, le hablaba yo a usted como un adorador fervoroso. Fascinados los dos...

Teresa *(Echándose a reir.)* ¿Pero es que piensa usted todavía en la comedia que hemos representado? ¿Pero usted lo tomaba en serio? Se trataba sólo de probarle que yo también sabía ser una mujer coqueta y caprichosa. ¡Pero se acabó! Las bromas, cuanto más cortas son mejores, ¿no es verdad? *(Pausa.)* ¿Pero por qué está usted tan callado? ¿Por qué, señor Marqués? *(Riendo.)*

Vamos, Juan, por piedad, ponga otra cara, porque con ese ceño me va usted a hacer morir de risa. *(Se ríe cada vez más fuerte.)*

Juan Teresa, deme usted la mano. *(Cogiéndole la mano. Pausa.)* ¡Y dígame usted que me perdona!

Alicia *(Por segunda derecha y al ver a Juan y a Teresa juntos, da un grito .)* ¡Ah!

Teresa ¡Alicia!

Alicia Sí, señores; yo. ¿Están ustedes aquí desde las ocho en punto?

Teresa No.

Alicia Lo sé, porque a esa hora estaba yo aquí, ¿lo oye usted bien claro, Teresa? Y a las ocho y cuarto oí risas detrás de esa puerta, me aproximé, la entreabrí...

Juan Alicia...

Alicia ¡A callar! Yo no hablo con usted y está usted aquí demás.

Juan Es que necesito hablar con usted.

Alicia Después de que nosotras tengamos una explicación.

Teresa Es muy justo. Haga usted el favor de dejarnos solas.

Juan Como ustedes dispongan. *(Se va por segunda derecha.)*

ESCENA V

ALICIA y TERESA.

Alicia ¿Le parece a usted digno haberme traicionado de ese modo? Pongo yo en usted toda mi confianza y...

Teresa Escúcheme usted un momento.

Alicia Primero me ha de oír usted a mí. Pongo yo en usted toda mi confianza, creyéndola una amiga; le confío mis más íntimos pensamientos; la audacia de mis planes, y se dedica usted a quitarme el novio con el que yo soñaba.

Teresa No se lo he quitado a usted.

Alicia ¡El miserable!

Teresa No tiene usted que reprocharle nada a Juan, porque él no sabía que usted le adoraba.

Alicia ¿Pero no se lo dijo usted?

Teresa No, y esa es la única cosa desagradable que entre las dos tenemos que borrar. Yo, en

lugar de decirle que usted le quería, le dije que se casaba usted con Máximo.

Alicia ¿Usted le dijo esa mentira?

Teresa Sí, señora.

Alicia Pero si eso es...

Teresa Una infamia, lo sé.

Alicia ¿Y lo dice usted con esa tranquilidad?

Teresa Sí, señora.

Alicia Pero, ¿por qué le engañó usted?

Teresa *(Con mucha pena.)* Porque al decirme usted que quería a Juan, me hizo descubrir que yo también le quería. Usted luchaba por su cariño y yo luché por el mío. Tiene mi mala acción esa disculpa.

Alicia ¿Y ahora quiere usted seguir luchando?

Teresa *(Soñadora.)* No. ¡Ya no! Me declaro vencida. Yo soy una mujer firme, necesito para marido un hombre firme también, y el Marqués tiene poca firmeza para mi carácter.

Alicia Pero, ¿sigue usted queriéndole?

Teresa Le quiero... afectuosamente, con superioridad, como si él fuese más débil que yo, y este no es amor de esposos.

Alicia ¡Yo que le creo tan superior a mí!

Teresa ¡Ese es el verdadero cariño para el matrimonio!

Alicia Entonces, ¿resueltamente renuncia usted al amor del Marqués?

Teresa No sólo renuncio, sino que voy a hacer todo lo posible para que usted logre casarse con él.

Alicia Pero esa decisión tan brusca, ¿a qué se debe?

Teresa Ya se lo he dicho. He estado sola en esa biblioteca, y mi corazón se ha puesto a hablarme como si fuese una persona. Mi pobre corazón me ha dicho que ha estado dormido mucho tiempo y que se ha despertado tarde, muy tarde. Yo, mientras le escuchaba, he visto cómo han pasado por mí los años, en un completo frenesí tras el dinero y los negocios, sin dejar plaza una hora siquiera para el cariño. He comprendido que para el amor no hay en el mundo nada tan sabio ni tan razonable como la sinrazón, la ignorancia y la volubilidad. He visto muy clara la quiebra de mi amorosa existencia y es demasiado tarde para cubrir el déficit pasional. Ya ve usted que hasta para hablar del

amor empleo términos comerciales, lo cual quiere decir que estoy irremediablemente curada para no caer en la tentación de querer a ningún hombre. Con que ¿me perdona usted una hora de femenina debilidad?

Alicia Teresa... *(Cogiéndole las manos.)*

Teresa Ahora me dedicaré a defenderla y a ayudarla a usted para que logre gustar las dulzuras de la luna de miel durante la sola estación de la vida en que realmente es una cosa prodigiosa: Durante el tiempo de las cerezas.

Alicia Es usted la mejor de las mujeres.

Teresa *(Sin titubear.)* Sí, señora. *(Se oye dentro la voz del Pilu que viene hablando con el Conde.)*

Alicia Ahí viene mi padre con el Conde.

Teresa Pues entre usted en la biblioteca y yo haré que todo salga a pedir de boca. Usted no salga hasta que yo le avise, que será cuando esté todo resuelto. *(Entra Alicia en la biblioteca, primera izquierda.)*

ESCENA VI

TERESA, PILU y MAXIMO; luego OCHOA.

Pilú Sí, señor Conde, tiene usted muchísima razón, y esa conducta de mi hija merece el ejemplar castigo que voy a darle casándola con usted.

Máximo Sí, señor; se lo merece. Llevo más de veinte minutos esperándola sentado en el hall.

Pilú ¿Pero dónde le dijo a usted que iba esa desdichada criatura?

Máximo Se fué a decirle al chófer que ya no necesitaban el auto, porque como pensaban fugarse, ya lo tenían todo preparado. Ella iba ya hasta con el maletín de viaje.

Pilú ¡Qué horror, Dios mío, qué horror!

Máximo ¡Inconcebible!

Pilú *(Viendo a Teresa.)* De todo esto es usted la culpable, señora.

Teresa Yo no tengo culpa ninguna, usted es el que tiene la culpa de todo.

Pilú ¿Yo?

Teresa Sí, señor, usted; por obstinarse en que Alicia se case con este caballero, ha conseguido que la pobre niña llegue al límite de la desespe-

ración. Yo hablé con su hija de usted hace diez minutos y sus nerviosidad, sus lágrimas y sus amenazas me hicieron comprender que era capaz de cometer una locura trágica.

Pilu ¿Pero qué dice usted?

Teresa ¡La verdad! ¡Alicia, entre un raudal de lágrimas, me dijo hace unos minutos: si no me caso con el Marqués , soy capaz de suicidarme!

Pilu ¿Mi hija?

Máximo Eso lo diría porque estaba desesperada, y en esos momentos se dicen muchas tonterías. En cambio, a mí, hace un cuarto de hora, me ha dicho que estaba dispuesta a casarse conmigo.

Teresa Estaba desesperada, y en esos momentos, como usted nos ha manifestado, se dicen muchas tonterías.

Ochoa *(Por la segunda derecha y con el maletín de Alicia en la mano.)* Señores, al volver del pabellón que hay junto al estanque, me he encontrado este maletín, y como supongo que será de alguno de ustedes...

Pilu *(Cogiéndole.)* ¡Es el de mi hija! ¡Qué terrible presentimiento, Dios mío! ¡Mi hija! ¿Dónde está mi hija? ¡Alicia... Alicia! ¿Y mi hija no estaba en el parque? Porque usted la vio salir, ¿no es eso, Máximo?

Máximo Sí, señor.

Ochoa Por el jardín no he visto a nadie.

Máximo ¿Y dónde ha encontrado usted el maletín?

Ochoa Casi junto al estanque.

Pilu *(Desfalleciendo.)* Corran ustedes a ver si pueden salvarla, es capaz de haberse arrojado al agua. ¡Corran ustedes, y al que la salve le doy un millón!

Máximo ¿Un millón? *(Vase apresuradamente.)*

Pilu ¡Que recorran todo el parque! *(A Ochoa.)* Vaya usted también. ¡Que me traigan salva a mi hija! ¡Pobre de mí! *(Cae en una silla y muy emocionado rompe a llorar.)* ¡Virgen santa, si mi hija se hubiese arrojado al estanque!...

Teresa Es muy posible.

Pilu *(Levantándose de un salto.)* ¿Qué dice usted?

Teresa Digo que es muy probable.

Pilu ¡Ay, cielo santo! ¡Yo he debido ser menos

despiadado, menos duro, menos cruel con mi pobre hija! ¡Yo he debido acordarme de mi juventud! ¡Alicia es sangre de mi sangre! Yo también quise ahogarme por una mujer.

Teresa Pero se acordó usted de que para ahogarse se tenía que mojar y que el agua estaba fría y se arrepintió.

Pilu No, señora. Mi padre me permitió que me casara con ella. Es la madre de Alicia. ¡Señor, Señor, si las cosas se pudieran hacer dos veces!...

Teresa ¿Sería usted menos terco?

Pilu ¡Ay, sí! *(Se sienta apoyando los brazos en una mesa y sobre éstos la cabeza.)*

Teresa *(Entreabriendo la puerta de la biblioteca.)* ¿Y consentiría usted que su hija se casase con el Marqués de Rondel?

Pilu ¡Ya lo creo! *(Alicia sale y quiere abrazar a su padre, pero Teresa la detiene y la lleva hacia el foro.)* ¡Hija de mi vida!

Teresa *(A Alicia, en voz baja.)* ¿Pero cómo tiene usted el abrigo tan mojado?

Alicia Porque estaba asomada al balcón.

Teresa Maravillosamente bien.

Máximo *(Dentro, como si estuviera en el parque.)* ¡Alicia!... ¡Alicia!...

Pilu ¡Qué siniestramente suena esa voz!

Alicia Me voy a constipar.

Teresa El casarse con el Marqués bien vale un catarro.

Máximo *(Dentro y más lejana la voz que antes.)* ¡Alicia!

Pilu *(Llorando.)* ¡Sí, hija mía, sí; aunque te llame Máximo, si te salvas te casarás con el Marqués!

Teresa Este es el momento. A sus brazos. *(Empujando a Alicia hacia su padre.)*

Alicia Papá...

Pilu *(Levantándose de un salto.)* ¡Hija mía!

Alicia ¡Papaíto!...

Pilu *(Abrazándola.)* ¡Hija de mi alma! ¡Adorada mía! *(Muy enternecido.)* ¡Cuánto me has hecho sufrir! Pero estás mojada, chorreando...

Teresa Es que la han envuelto en el abrigo para secarla.

Pilu ¿Pero te has arrojado al estanque?

Alicia ¡Y Juan me ha salvado exponiendo su vida!

Teresa ¡Miren si es lista la picarona!
Alicia ¿Recompensarás a mi salvador, papá?
Pilu Sí, hija mía.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, JUAN y MAXIMO.

Juan *(Entrando segunda derecha precipitadamente.)* ¿Pero que pasa? ¿Qué gritos son esos?
Pilu ¡Venga usted a mis brazos, yerno mío!
Juan *(Sorprendido.)* ¿Su yerno?
Teresa Este lo va a estropear todo.
Pilu Sí, mi yerno. Su heroísmo de usted me ha conquistado y le concedo a usted la mano de mi hija.
Juan *(Abrazándole.)* ¡Gracias, querido suegro!
Pilu ¿Pero cómo es que usted no está mojado?
Juan ¿Yo mojado? ¿Y por qué?
Alicia ¡Claro! ¿Y por qué? Si se ha cambiado de traje. *(Teresa le hace signos para que diga lo que Alicia.)*
Juan ¡Claro! Si me he cambiado de traje. No entiendo una palabra.
Pilu Qué feliz casualidad que se haya encontrado usted junto al estanque justamente en el momento de arrojarse a él mi hija.
Alicia ¡Y con qué valentía me salvó! *(Poniendo sus manos en las de Juan.)*
Teresa Como que le propondremos para la medalla de salvamento de náufragos.
Juan Ya me explicarán ustedes esta película.
Teresa Alicia, ¿es usted ya feliz?
Alicia Sí, lo soy; es decir, lo somos gracias a usted, y sabremos agradecerlo.
Juan En vez de hacer una rebaja pondremos un sobreprecio en los muebles.
Teresa ¡Cruel!
Máximo *(Dentro y más lejana la voz que anteriormente.)* ¡Alicia!... ¡Alicia!...
Juan ¿Pero qué hace ese hombre?
Alicia Eso digo yo.
Pilu Seguramente está buscando el millón que yo he prometido al que te salvara.
Juan ¡Pues que se lo den y que se calle!

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE ENRIQUE F. GUTIÉRREZ-ROIG

La modelo, diálogo en escenas (agotada).
Géneros del Reino, revista cómica en un acto.
¡Miedo...!, cuadro de costumbres catalanas.
¡No lo verán tus ojos!, comedia en tres actos.
La noche del baile, juguete cómico en un acto.
Arsenio Lupin, comedia en tres actos (tercera edición).
Nick Carter, melodrama en seis actos.
El señor Juez, vodevil en cuatro actos.
La loca aventura, comedia en tres actos (cuarta edición).
Los trovadores, comedia lírica en tres actos.
La bella Riseta, opereta en tres actos.
El panal de miel, farsa cómicolírica en dos actos.
La reconquista, vodevil en tres actos (segunda edición).
Bridge, comedia en tres actos.
El Diablo, comedia en tres actos.
El segundo marido, vodevil en tres actos (tercera edición).
El tiburón, farsa cómica en tres actos.
El grano de arena, vodevil en tres actos.
Las superhembras, comedia en tres actos (segunda edición).
¡Tío de mi vida!, juguete cómico en tres actos.
La melindrosa, sainete lírico en un acto.
El País Azul, fantasía cómica en un acto.
El amigo de las mujeres, comedia en tres actos.
Pasa el lobo, drama en tres actos.
¡Que no lo sepa Fernanda!, vodevil en tres actos (tercera edición).
La extraña aventura de Martín Pequét, comedia en cuatro actos.
El tiempo de las cerezas, comedia en tres actos.

La antigua Roma, sonetos (agotada).
Cascabeles de oro, poesías (agotada).

OBRAS DE LUIS DE LOS RIOS

La invencible, pasillo cómicolírico en un acto.
Un modelo, apropósito en un acto y en verso.
La sultana de Marruecos, juguete en un acto.
El espantapájaros, sainete lírico en un acto.
Con las de Caín, zarzuela cómica en un acto.
La romería del alcón, presentimiento cómicolírico en un acto (segunda edición).
La japonesa, zarzuela cómica en un acto.
El respetable público, revista en un acto.
Yo puse una pica en Flandes, caricatura en un acto y tres cuadros del drama *En Flandes se ha puesto el Sol* (segunda edición).
Mirando a la Alhambra, cuadro andaluz.
La noche del baile, juguete cómico en un acto.
Arsenio Lupin, comedia en tres actos (tercera edición).
El panal de miel, farsa cómica en dos actos.
Bridge, comedia en tres actos.
El Diablo, comedia en tres actos.
El segundo marido, vodevil en tres actos (tercera edición).
Nancy, opereta en tres actos.
Las superhembras, comedia en tres actos (segunda edición)
La melindrosa, sainete lírico en un acto.
El amigo de las mujeres, comedia en tres actos.
Pasa el lobo, drama en tres actos.
¡Que no lo sepa Fernanda!, vodevil en tres actos (tercera edición).
La extraña aventura de Martín Pequét, comedia en cuatro actos.

El cabo López, aventuras (tercera edición).
Palotes, artículos y crónicas (agotada).
La conquista del planeta, novela de viajes (agotada).
Amor, celos y vitriolo, novela cómica (agotada).

Precio: TRES pesetas